CLÁSICOS
A MEDIDA

Fábulas

Esopo



Lectulandia

Excelente selección de las fábulas esópicas. En esta adaptación del gran clásico griego se recogen cien fábulas en las que se tratan diferentes asuntos: la astucia, el amor, la avaricia, la amistad, la humildad, la desgracia… Dioses, asnos, perros, leones, hormigas, lobos, moscas, pescadores y muchos más conforman el elenco de personajes protagonistas de estas simbólicas historias.

Esopo

Fábulas

Clásicos a medida 26

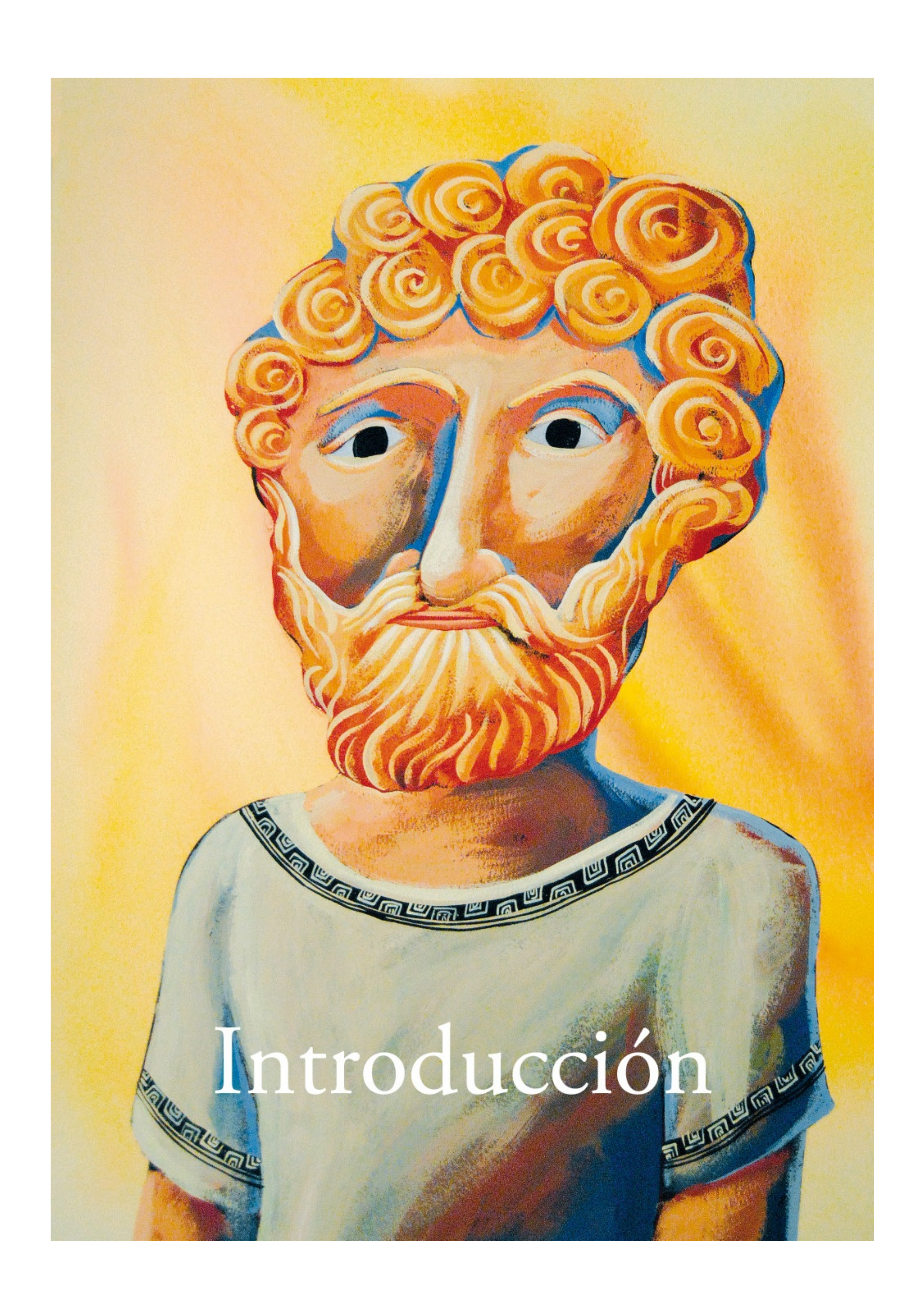
ePub r1.0
Titivillus 21.03.2025

Esopo, 400
(*a. C.)*
Adaptación: Manuel Yruela Guerrero
Ilustraciones: Valentí Gubianas

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)



Para una óptima experiencia de lectura, use la opción *Fuente Original / Fuente del editor / Predeterminada*.


Introducción

La fábula es un viejo género literario con una larga historia a sus espaldas. Generaciones de escolares han escuchado y leído estas breves historias de animales con moraleja. Todos sabemos lo que pasó en la carrera entre la liebre y la tortuga, o en qué acabaron las burlas de la cigarra a la laboriosa hormiga, y de igual manera conocemos la historia del ratón de campo y el ratón de ciudad, o la de las moscas y la miel. Las hemos oído en clase o en casa, de boca de nuestros maestros o de nuestros padres antes de ir a dormir. Y como un apellido inseparable de ellas siempre oímos llamarlas de Esopo, como si no hubiera otras fábulas que las suyas, o fuera él su inventor.

Esopo

El personaje de Esopo ha quedado de tal manera envuelto en leyenda que es difícil separar en su biografía lo que pertenece a su vida real y lo que es producto de la ficción. Parece que vivió en el siglo VI antes de Cristo y que era natural de Frigia, en Asia Menor, o de Tracia, al norte de Grecia. Fue esclavo, pero consiguió que su amo lo liberase, y tuvo una vida llena de peripecias. Sobre esos pocos datos se fue forjando desde muy pronto una biografía popular y anónima que conoció sucesivas versiones hasta el final de la Edad Media. Según estas, sirvió como esclavo para el filósofo Janto, con quien desarrolló la agudeza que después le haría famoso. Una vez libre, actuó como consejero de reyes en Asia Menor y en Babilonia. Su reputación se extendió por toda Grecia, Oriente Próximo y Egipto. Finalmente, enviado por el rey Creso de Lidia, llegó a la ciudad griega de Delfos, donde murió víctima de una conspiración. La ciudad vivía de los tributos que el resto de las ciudades griegas entregaban al famoso templo de Apolo. Esopo, al llegar a la ciudad, se escandalizó de la corrupción que lo inundaba todo y acusó a los delfios de aprovecharse del resto de los griegos. Entonces fue expulsado de la ciudad y acusado de robo por medio de una confabulación. Habían puesto

entre sus cosas una copa de oro que pertenecía al templo, fue denunciado por ello, condenado a muerte y ejecutado días más tarde despeñado desde una roca, según cuenta la tradición.

Las fábulas que se atribuyen al personaje vienen a ser ejemplos de su buen instinto, de su agudeza y de una sabiduría de hombre corriente muy cercano al pueblo. Se trata, pues, de un género esencialmente popular, alimentado en la experiencia de la vida cotidiana y el saber que da su conocimiento. Así, Esopo vendría a ser la personificación de esas virtudes de hombre sencillo que reacciona ante el poderoso, el vanidoso o el estúpido. En sus fábulas se reúne un catálogo de los vicios humanos para aviso de quien quiera escuchar.

Las fábulas

La mayoría de las fábulas responde a un modelo común. Se inician con un breve planteamiento que presenta el conflicto entre dos o tres personajes, comúnmente animales, aunque también aparecen dioses, plantas y hombres. El conflicto se desarrolla muy brevemente y se resuelve de manera que presenta alguna enseñanza. Una vez terminada la fábula, esta enseñanza o moraleja suele recogerse de manera explícita mediante un texto breve que la resume a modo de conclusión.

Los personajes protagonistas tienen un valor simbólico, y el suceso que se narra se plantea como una anécdota sucedida en un tiempo y un lugar indeterminados. Los temas, por otra parte, son muy variados y tocan la vanidad, la avaricia, el amor, el poder, el miedo, la muerte, la debilidad, la justicia, el deseo, la estupidez y una larga lista de vicios y de virtudes que retratan la esencia del ser humano.

Podemos ver cómo se cumple este esquema en la conocida fábula de la tortuga y la liebre, por ejemplo. La liebre presume ante la tortuga de su rapidez y la tortuga le replica pidiéndole que demuestre aquello de lo que presume. Este es el planteamiento que pone en marcha el conflicto. Se celebra una carrera, pero la liebre, confiada, se echa a dormir y ve como al final es vencida por la tortuga. La moraleja propone la siguiente enseñanza:

La fábula demuestra que muchos hombres tienen una naturaleza extraordinaria, pero se echan a perder por su pereza, y, sin embargo, otros con su sobriedad, su empeño y sus ganas logran vencer a los que son de naturaleza indolente.

Las colecciones

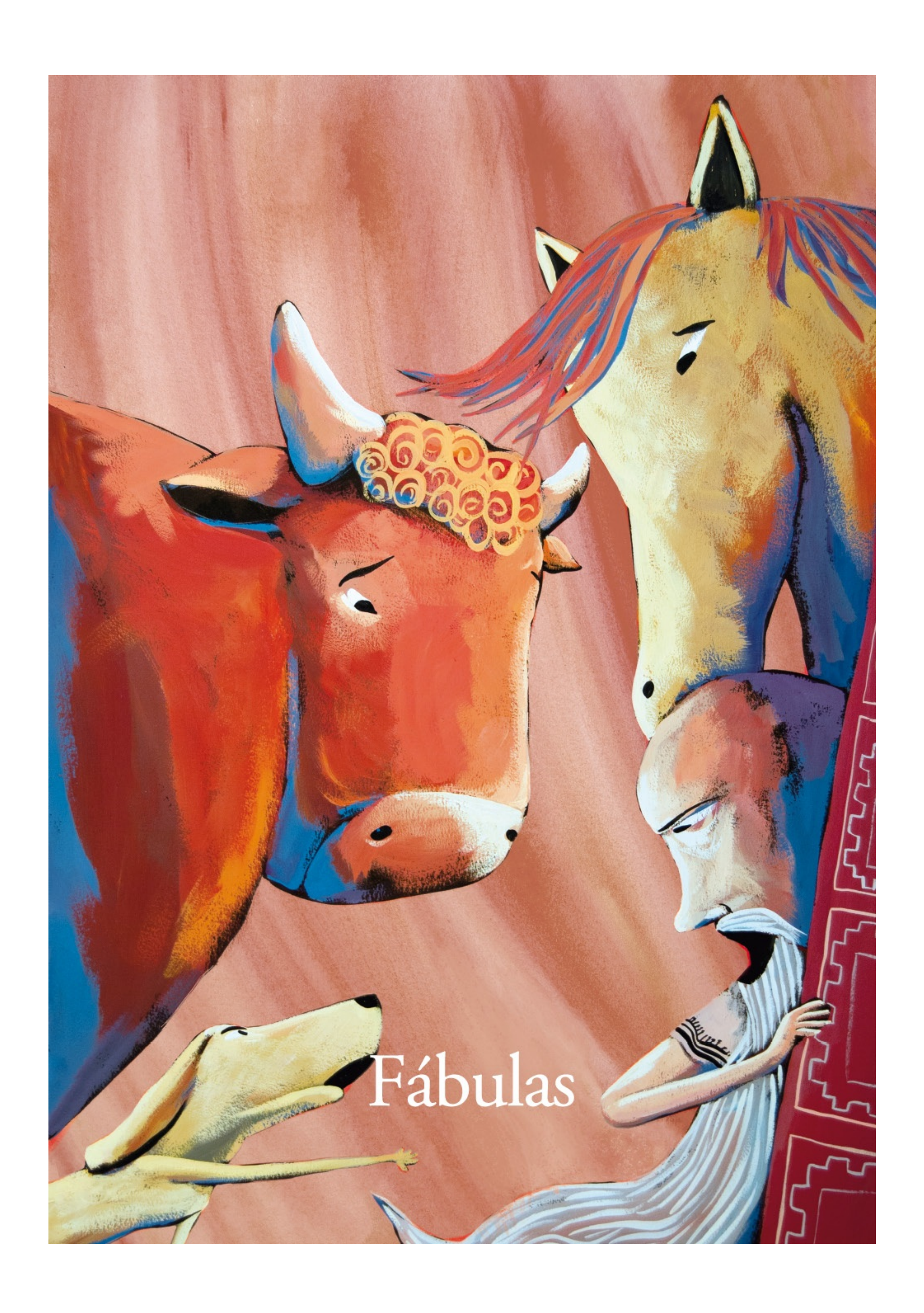
Aunque no lo fuera de nacimiento, podemos decir que con la figura de Esopo la fábula se hizo plenamente griega. Desde muy pronto, sus pequeñas historias despertaron el interés de los escritores. Ya en el siglo III antes de Cristo, el griego Demetrio de Falero recogió las fábulas atribuidas a Esopo en una colección. Después hubo muchas más. Se versificaron muy pronto, pero más tarde se volvieron a poner en prosa. Se tradujeron al latín y seguramente también a un buen número de lenguas del Mediterráneo oriental. Del latín pasaron a las lenguas romances y a la mayoría de las lenguas del resto de Europa. Nombres como Fedro, Babrio, Sintipas o La Fontaine son los eslabones de esa tradición.

Se han reunido más de quinientas fábulas que pueden llamarse de Esopo o, quizá con más exactitud, esópicas, aunque, ya desde la propia Antigüedad, este nombre no indicaba expresamente que fueran obra suya, sino más bien que eran del tipo que se conocía por su nombre. En la literatura española contamos con conocidos seguidores de esta tradición fabulística que hicieron su propia colección. Es el caso de los poetas Tomás de Iriarte, o Félix María de Samaniego, quien versiona de esta manera el comienzo de *La cigarra y la hormiga*:

Cantando la cigarra
pasó el verano entero
sin hacer provisiones
allá para el invierno;
los fríos la obligaron
a guardar el silencio
y a acogerse al abrigo
de su estrecho aposento.

Nuestra edición

Para esta edición hemos seleccionado cien de entre las fábulas más conocidas atribuidas a Esopo. A modo de presentación, empezamos con *Esopo en el astillero*, que nos presenta al propio protagonista dando muestras de su ingenio. Hemos querido realizar una selección de fábulas que ofrezca una gran variedad de temas y de tipos, y con preferencia de aquellas que nos han llegado en versión griega, porque entendemos que así se respeta en cierta medida el espíritu original de las primeras colecciones. Hemos pretendido, igualmente, ser fieles en la traducción al original, respetando su estilo y su sentenciosa brevedad. Para todo ello hemos utilizado como referencia la edición de B. E. Perry publicada bajo el título de *Aesopica* en 1952.


Fábulas

I
ESOPO EN EL ASTILLERO

Un día, Esopo, el fabulista, que andaba sin nada que hacer, se acercó al astillero[1], y allí los obreros se burlaron de él y le picaron[2] para que hablara. Esopo les dijo entonces que al principio existían el caos y las aguas, y que Zeus[3], queriendo que apareciese también la tierra, animó a esta a que devorara por tres veces el mar:

—La tierra, del primer trago, dejó al descubierto las montañas, luego, del segundo, descubrió las llanuras, y si decide dar el tercero —les dijo—, vuestro trabajo se volverá inútil por completo.

La fábula muestra que los que se burlan, sin darse cuenta, de los que son más fuertes que ellos se ganan bien merecidamente burlas aún mayores.

II
BÓREAS[4] Y HELIOS[5]

Bóreas discutía con Helios sobre cuál de los dos sería capaz de quitarle la capa a un caminante. Primero el viento del norte intentó arrebatarle la capa soplando con violencia, pero el caminante, tiritando de frío, se agarró la capa con ambas manos y resguardó la cabeza en el hueco de una roca dejando la espalda fuera. El Sol, entonces, empezó por mandar un soplo tibio y suave y, después, un calor abrasador que hizo sudar al caminante hasta que lo obligó a quitarse la capa. Así Bóreas fue derrotado.

> *La fábula enseña que la persuasión*[6]*, y no la violencia, es siempre el mejor camino en cualquier empresa.*

III
LA VIEJA Y EL MÉDICO

Un anciana, que estaba enferma de la vista, llamó a un médico con la promesa de pagarle si la curaba, pero no hacerlo en caso de que no fuera así. El médico, pues, empezó el tratamiento. Cada día visitaba a la anciana y le ponía un ungüento en los ojos, y, mientras ella no podía ver a causa del ungüento, él le robaba alguno de los enseres[7] de la casa. La anciana notaba que sus pertenencias disminuían hasta el punto de que, cuando al final del tratamiento estuvo curada, no le quedaba nada.

El médico, entonces, exigió el pago prometido porque la anciana pudiera ver bien y llamó a testigos del trato, pero ella le replicó:

—Ahora no puedo ver nada, puesto que, incluso cuando mis ojos estaban enfermos, veía muchas de mis cosas en casa, y ahora, en cambio, cuando dices que puedo ver, no veo ninguna en absoluto.

La fábula enseña cómo los malvados se olvidan de que sus actos sirven de prueba contra ellos mismos.

IV
EL LOBO Y EL PERRO DORMIDO

Un perro dormía a la puerta de una casa, cuando un lobo cayó sobre él para convertirlo en su almuerzo. El perro le rogó que no se lo comiera todavía.

—Ahora estoy flaco y debilucho —le dijo—. Si esperas un poco, mis amos van a celebrar sus bodas, y yo entonces comeré mucho y estaré más gordo. Seré una comida más suculenta para ti.

El lobo se marchó convencido y, al regresar días más tarde, se encontró al perro durmiendo en la parte de arriba de la casa. Lo llamó desde abajo y le recordó el pacto que habían hecho. Pero el perro le contestó:

—¡Ay, lobo! Si en adelante me ves dormir a la puerta de la casa, no esperes hasta la boda.

La fábula enseña que los hombres prudentes, cuando consiguen salvarse después de haber estado en peligro, se guardan de él durante toda su vida.

V
El viejo león y la zorra

Un viejo león, que no podía procurarse la comida con sus propias fuerzas, pensó que podría hacerlo por medio de su astucia. Y así se fue a una cueva y se echó fingiendo que estaba enfermo, de modo que cuando los otros animales iban a verlo los atrapaba y se los comía. Muchos animales habían caído ya cuando la zorra, percatándose de su artimaña, acudió también, y a distancia de la entrada le preguntó cómo se encontraba.

—Mal —le contestó el león.

Entonces le preguntó por qué no entraba, y la zorra le dijo:

—Entraría sin duda si no viera que hay muchas huellas que entran, pero ninguna que sale.

Así, los hombres prudentes que saben ver las señales de peligro pueden evitarlo.

VI
El asno cojo y el lobo

Un asno se había quedado cojo al pisar una astilla. Entonces vio un lobo y, muerto de miedo, le dijo:

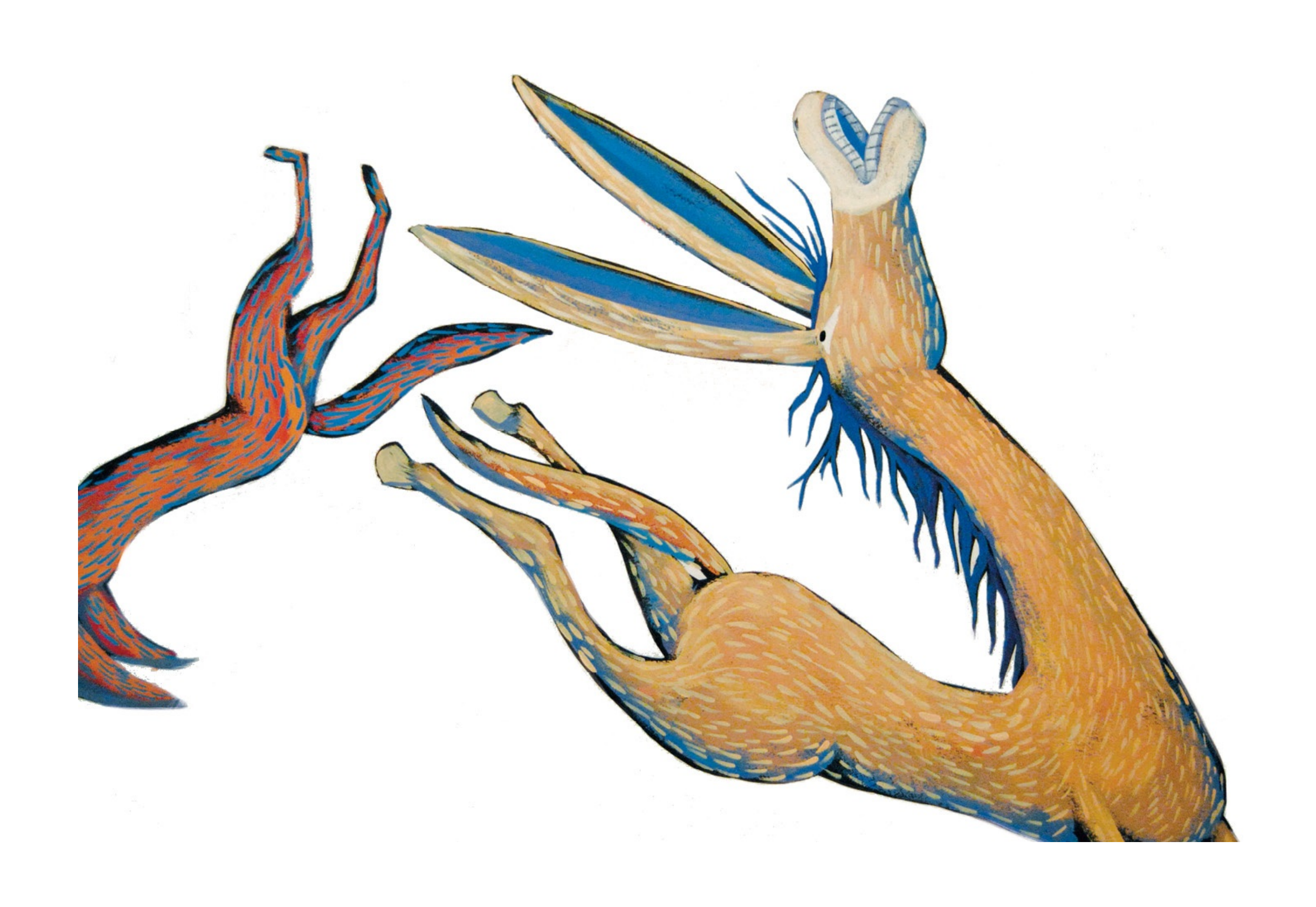
—Lobo, me muero de la fatiga. Es mejor para mí ser tu almuerzo que de los buitres o los cuervos. Pero te pido un favor, que primero me saques de la pata la astilla que tengo clavada, para no morir con este dolor.

El lobo le sacó la astilla con sus afilados dientes; entonces, el asno, libre ya del dolor, le pegó al lobo una coz que le partió los dientes, la frente y los hocicos, y luego salió huyendo.

Y el lobo dijo:

—¡Ay de mí! Me lo merezco, porque, siendo carnicero, me he metido a veterinario.

> *Algunos, cuando se ven en peligro, ofrecen astutamente a los enemigos que acuden en su ayuda una engañosa recompensa.*



VII
El asno, la zorra y el león

El asno y la zorra, que habían hecho una mutua alianza, salieron de caza juntos y, al poco, se encontraron con un león. La zorra, al ver el peligro inminente, salió al encuentro del león. Le ofreció entregarle al asno si le prometía dejarla a salvo, y el león aceptó. Entonces, la zorra llevó al asno a una trampa e hizo que cayera en ella, y el león, viendo que este ya no podía escapar, atrapó primero a la zorra y después se volvió a por el asno.

Así, los que conspiran contra sus compañeros, a menudo se descuidan y son ellos mismos los que se condenan.

VIII
El león viejo, el lobo y la zorra

Cierto león estaba ya viejo y enfermo, y, como no salía de su cueva, el resto de los animales, excepto la zorra, lo fueron a visitar. El lobo, aprovechando la oportunidad, acusó a la zorra de no respetarlo a él, que era señor de todos los animales, y de no haber acudido a verlo. En ese preciso instante se presentó la zorra y oyó las últimas palabras del lobo. El león la rugió, pero la zorra pidió la oportunidad de explicarse y dijo:

—¿Quién de todos los que han venido ha procurado ayudarte como yo, que he andado por todas partes buscando un remedio de los médicos para ti?

El león le ordenó que revelara el remedio enseguida, y ella le dijo:

—Debes desollar a un lobo vivo y ponerte su piel aún caliente.

Enseguida el lobo estuvo muerto, y la zorra, riendo, dijo así:

—No se debe poner al amo de malas, sino de buenas.

La fábula enseña que el que maquina[8] *contra otros cae en su propia trampa.*

IX
Las dos alforjas

Prometeo[9] modeló a los hombres y les colgó dos alforjas a cada uno, una llena de los males ajenos y otra de los propios. La de los propios se la puso delante, y la otra la colgó detrás. Por eso sucede que los hombres pueden ver los vicios de otros desde lejos, pero no reconocen los suyos.

Esta fábula puede usarse contra el entrometido, que está ciego para sus cosas, pero se preocupa de lo que no le concierne.

X
El ratón de campo y el ratón de ciudad

Un ratón de campo que tenía un amigo en la ciudad lo invitó un día a comer, y este, al ver que le ofrecía trigo y cebada, le dijo:

—Amigo, llevas una vida de hormiga. Yo, en cambio, tengo abundancia de todo. Ven conmigo a mi casa y sabrás lo que es disfrutar.

Y allá se fueron los dos. El ratón de la ciudad le mostró no solo trigo, sino legumbres también, y dátiles, queso, miel y frutos de otoño. Y el ratón de campo, maravillado, se deshacía en elogios hacia su amigo y lamentaba su propia suerte.

Iban a ponerse a comer cuando un hombre abrió de pronto la puerta, y, asustados por el ruido, los pobres ratones se refugiaron en los rincones. Cuando quisieron de nuevo coger unos higos, entró otra persona a por algo de dentro, y ellos, al verla, corrieron a esconderse en un agujero.

Entonces, el ratón de campo, olvidándose ya del hambre, suspiró y le dijo al otro:

—Adiós, amigo, tú sigue comiendo hasta hartarte y disfrutando con alegría, sigue con tu miedo constante y tus sobresaltos, que yo viviré tranquilo royendo mi trigo y mi cebada sin temores ni desconfianzas.

La fábula enseña que es mejor vivir sin preocupaciones y pasar los años tranquilo que sufrir una existencia llena de miedos y angustias.



XI
El hombre y las hormigas

Una vez, un hombre, viendo que un barco se iba a pique con todos sus tripulantes, dijo que los dioses eran injustos en sus juicios, porque por castigar a un impío[10] hacían morir también con él a hombres inocentes. Cuando decía esto, estaba sentado en un lugar plagado de hormigas, y como sucedió que fue mordido por una de ellas, por la mordedura de una las mató a todas. En eso se presentó Hermes[11] y, golpeándolo con su vara, le dijo:

—¿Aceptarás ahora que los dioses juzguen a los hombres de la misma manera que tú lo has hecho con las hormigas?

La fábula enseña que nadie debe maldecir contra los dioses cuando llega la desgracia, sino que antes ha de mirar sus propios errores.

XII
ZEUS Y LA TORTUGA

Con motivo de sus bodas, Zeus invitó a todos los animales. Solo faltó la tortuga, y al día siguiente, intrigado, le preguntó por qué había sido la única que no había acudido al banquete. Ella le contestó:

—No hay casa como la de uno mismo.

Zeus, irritado con ella, dispuso que, a partir de entonces, llevara su casa a cuestas.

Así, muchos hombres prefieren vivir con sencillez en su casa que espléndidamente en casa ajena.

XIII
Los pescadores que pescaron piedras

Unos pescadores estaban tirando su red, y, como la notaban cargada, se pusieron a festejarlo y a bailar de contentos, pensando que la pesca era mucha. Pero cuando arrastraron la red hasta la orilla y encontraron que en ella había pocos peces, y que estaba llena de piedras y de maderas, se quedaron muy tristes, no tanto por la contrariedad como por que habían esperado conseguir una buena pesca.

Uno de ellos, que era ya viejo, les dijo:

—Vamos a dejar de lamentarnos, compañeros. Según parece, la alegría es hermana de la tristeza, y después de habernos puesto tan contentos por adelantado, era natural que nos ocurriera alguna desgracia.

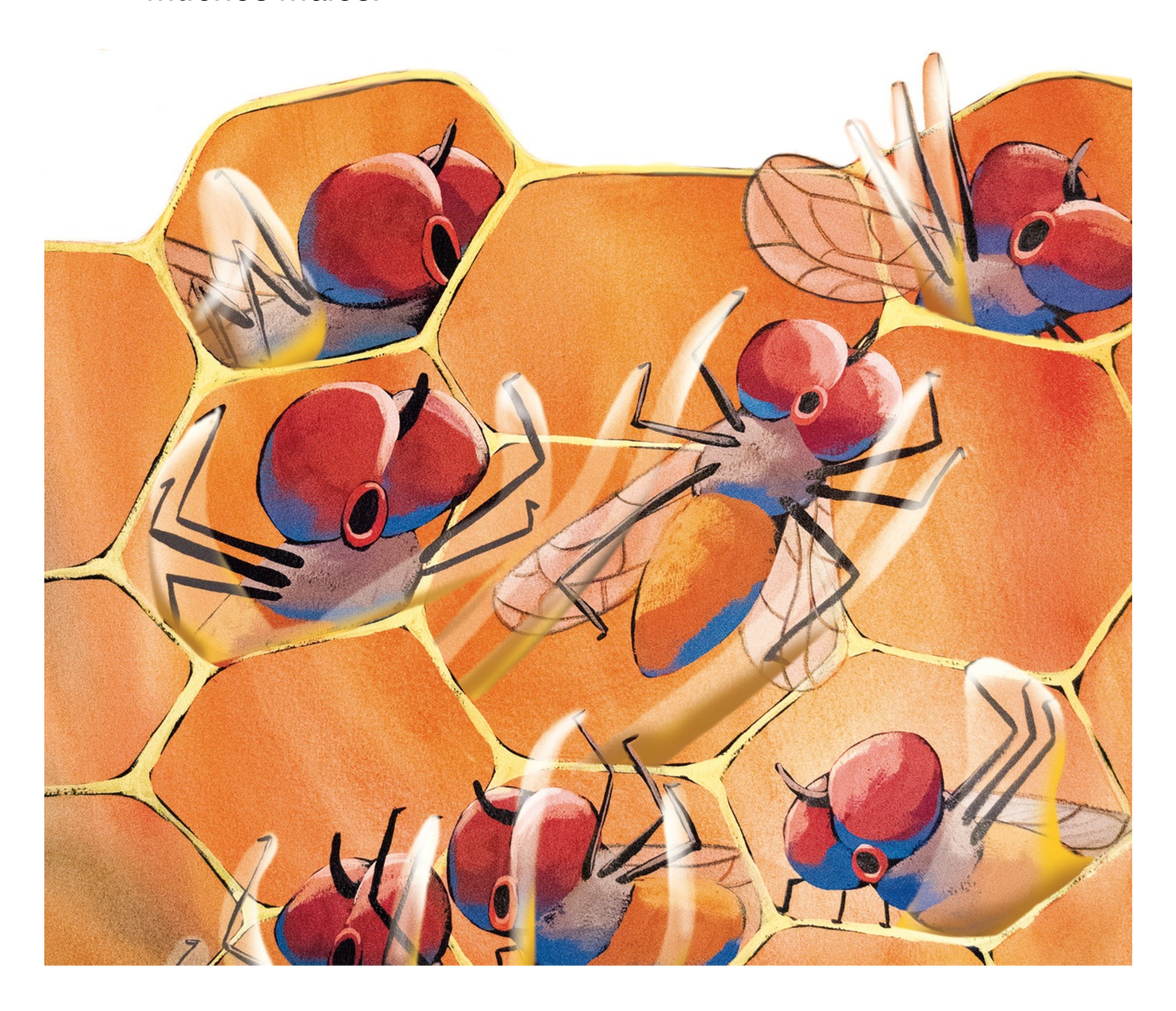
Así pues, debemos estar dispuestos para los cambios de la fortuna, considerando que, después de la mucha bonanza, siempre viene la tempestad.

XIV
Las moscas y la miel

En un panal se estaba derramando la miel y acudieron las moscas a comérsela. Como era tan dulce, no podían dejarla, y sus patas se fueron quedaron pegadas en la miel. Ya no podían levantar el vuelo y, a punto de ahogarse, dijeron:

—Desdichadas de nosotras, que morimos por un breve placer.

Así, para muchos, la glotonería se convierte en causa de muchos males.



XV
La comadreja y la lima

Una comadreja entró en el taller de un herrero y allí encontró una lima. Y ocurrió que se puso a lamerla con la lengua hasta que empezó a sangrar abundantemente, y se deleitaba con ello pensando que se estaba comiendo el hierro, de manera que acabó por perder toda la lengua.

La fábula avisa a los que se perjudican a sí mismos con su afán de disputa.

XVI
La paloma sedienta

Una paloma atormentada por la sed, al ver una vasija de agua pintada en una pared, supuso que era de verdad y se lanzó a toda velocidad contra ella. Y ocurrió que, en su descuido, la paloma chocó contra la pintura y se rompió las alas. Cayó al suelo y fue cazada por uno de los que pasaban.

Así, algunos hombres, por su vehemente[12] *deseo, se lanzan a la acción sin pensar y vienen a caer, sin darse cuenta, en su propia ruina.*

XVII
El águila y el escarabajo

Un águila perseguía a una liebre, y esta, que no encontraba a nadie a quien pedir auxilio, suplicó a un escarabajo que pasaba. Este le dio ánimos y, cuando el águila se acercó, le ordenó que respetara el derecho de asilo de la liebre. El águila, sin embargo, despreciando la pequeñez del escarabajo, mató a la liebre. Entonces, el escarabajo decidió vengarse. Vigilaba el nido del águila y, cada vez que ponía huevos, volaba hasta ellos y los hacía rodar del nido abajo para destrozarlos. El águila acudió a Zeus, pues estaba consagrada a este dios, y le pidió un lugar donde poder empollar sus crías a salvo. Zeus le concedió criar en su regazo, pero el escarabajo, al saberlo, haciendo una bola de excrementos, echó a volar y, al llegar al regazo de Zeus, la dejó caer allí. Zeus quiso sacudirse los excrementos, pero, al levantarse, dejó caer los huevos sin darse cuenta. Por esta razón, dicen que, desde entonces, las águilas no crían cuando aparecen los escarabajos.

La fábula enseña que no hay que despreciar a nadie, porque no hay nadie tan débil que, al ser insultado, no pueda tomarse venganza.

XVIII
El anciano y sus hijos enemistados

Los hijos de un campesino estaban enemistados, y este, como, por mucho que los reprendía, no conseguía hacerlos entrar en razón, pensó en lograrlo con esta artimaña. Les dijo que le trajeran un haz de varas[13], y cuando lo hicieron, primero les entregó las varas y les dijo que las partieran. Y como no pudieron hacerlo, deshizo el haz y les dio las varas de una en una. Así las rompieron con facilidad, y entonces les dijo:

—Iguales sois vosotros, hijos míos. Si os mantenéis unidos seréis invulnerables para vuestros enemigos, pero si os separáis, seréis fáciles de vencer.

La fábula enseña que la unión es tan fuerte como débil es la división.

XIX
EL ESTÓMAGO Y LOS PIES

El estómago y los pies disputaban sobre su fuerza. Los pies decían una y otra vez que ellos eran superiores, porque incluso llevaban al estómago, y este les contestó:

—Pero ¡ay de vosotros! Si yo no os proporcionara alimento, no me podríais llevar.

Así pasa también en los ejércitos, la mayoría de las veces el número no significa nada, si los generales no toman las mejores decisiones.

XX
El león y el ratón agradecido

Un ratón correteaba sobre el cuerpo de un león que estaba durmiendo. Pero el león se despertó, lo atrapó y estaba a punto de devorarlo cuando el ratón le pidió que lo soltara. Le dijo que, si lo perdonaba, le pagaría el favor. El león se echó a reír y lo dejó marchar. Pero no mucho tiempo después, sucedió que el león se salvó gracias al ratón. Y es que fue capturado por unos cazadores y atado con cuerdas a un árbol, y entonces el ratón, que oyó sus gemidos, acudió y royó la cuerda. Al liberarlo, le dijo:

—Hace poco te reíste de mí pensando que no podría devolverte el favor. Ahora debes saber que los ratones somos agradecidos.

La fábula enseña que, cuando cambian las circunstancias, los realmente fuertes se convierten en deudores de los más débiles.

XXI
El caballo y el asno

Un hombre que tenía un caballo y un asno iba de viaje con ellos cuando, a mitad de camino, dijo el asno al caballo:

—Coge una parte de mi carga, si quieres que siga vivo.

El caballo no le hizo caso, y el asno cayó al suelo y murió por la fatiga. Entonces, el amo puso toda la carga a lomos del caballo, incluso la piel del asno, y el caballo exclamó lamentándose:

—¡Ay de mí! ¿Por qué me cayó esta desgracia? No quise llevar una carga pequeña, y ahora tengo que cargar con todo, incluso con la piel.

La fábula enseña que, cuando los grandes hacen causa común con los pequeños, ambos consiguen salvarse.



XXII
EL MOSQUITO Y EL LEÓN

Un mosquito se acercó a un león y le dijo:

—Ni te tengo miedo ni eres más fuerte que yo. Si no, a ver, ¿cuál es tu fuerza?, ¿que arañas con tus garras y muerdes con tus dientes? Eso también lo sabe hacer una mujer cuando riñe con su marido. Yo soy mucho más fuerte que tú. Si quieres, podemos pelear.

Y zumbando, cayó sobre él y le picó en la nariz donde no tiene pelo. El león se arañaba con sus propias garras hasta que, finalmente, se dio por vencido. El mosquito, después de vencer al león, hizo sonar su zumbido en señal de victoria y echó a volar, pero cayó en la tela de una araña. Mientras era devorado, se lamentaba de que, habiendo podido con el más poderoso, cayera víctima de un animal insignificante como la araña.

XXIII
La zorra y el erizo

Estaba una zorra atravesando un río cuando se vio arrastrada a una grieta en una garganta. Pasó un buen rato sin que pudiera salir, y en esto ocurrió que multitud de garrapatas hicieron presa en ella. Un erizo que pasaba la vio y, compadeciéndose de ella, se ofreció a quitarle las garrapatas, pero la zorra se negó. Al preguntarle el motivo, la zorra le contestó:

—Estas ya se han hartado de mí y me chupan poca sangre, pero si me las quito, vendrán otras hambrientas y me sacarán la que me queda.

XXIV
EL NIÑO QUE SE BAÑABA

Un niño que se bañaba en un río estaba en peligro de ahogarse. Y al ver a un hombre que pasaba, gritó:

—¡Socorro!

Este reprendió al niño por su imprudencia, y el niño le contestó:

—Ayúdame ahora, que ya podrás reprenderme cuando me haya salvado.

La fábula enseña que no debemos ser críticos, sino compasivos, pues llevamos hasta el límite al que sufre.

XXV
Las liebres y las ranas

Las liebres, reunidas un día, se lamentaban de que su vida era peligrosa y llena de temor, pues los hombres, los perros y las águilas se las comían, y decían que era mejor morir de una vez que vivir con miedo. Finalmente, tomaron la decisión de suicidarse y corrieron todas al lago para tirarse y ahogarse en él. Pero cuando las ranas, que estaban sentadas alrededor en la orilla, oyeron el estrépito de la carrera y saltaron al agua, una de las liebres, la que parecía más despierta, dijo:

—¡Alto, compañeras!, no vayáis a hacer algo terrible, pues ya podéis ver que hay otros animales más miedosos que nosotros.

La fábula enseña que los desdichados se consuelan al ver a otros que corren peor suerte que ellos.



XXVI
El cerdo y las ovejas

A un rebaño de ovejas llegó un cerdo a pastar, y al querer cogerlo el pastor, chillaba y se resistía. Las ovejas le preguntaban la razón de sus gritos y le decían:

—A nosotras nos lleva el pastor muy a menudo y no gritamos.

Y el cerdo les replicó:

—Pero no es igual mi caso que el vuestro, pues a vosotras os coge por la leche y la lana, pero es mi carne lo que quiere de mí.

La fábula enseña que, en verdad, gritan aquellos que sienten peligrar no sus bienes, sino su propia vida.

XXVII
El lobo y el corderillo en el templo

Un corderillo, al verse perseguido por un lobo, decidió refugiarse en un templo cercano. Una vez dentro, el lobo lo llamó y le dijo que si el sacerdote lo cogía allí dentro lo sacrificaría al dios, pero el corderillo le contestó:

—Prefiero convertirme en víctima para un dios que morir en tus garras.

La fábula enseña que para los que están bajo amenaza de morir siempre es mejor una muerte honrosa.

XXVIII
El águila y la flecha

Un águila estaba posada en lo alto de una peña esperando para cazar unas liebres. En eso, le disparó un cazador y la flecha le acertó. Al volver los ojos, el águila pudo ver que la flecha estaba fabricada con sus propias plumas, y entonces dijo:

—¡Una desgracia más, tener que morir por mis propias plumas!

La fábula enseña que lo más duro de una desgracia es ser víctima de alguien de tu propia casa.

XXIX
El león enamorado

Un león, enamorado de la hija de un campesino, la pidió en matrimonio. Pero este no se atrevía a entregar a su hija a la fiera ni podía negarse por miedo a lo que pudiera pasar, así que ideó lo siguiente. Puesto que el león no dejaba de insistir, le dijo que le daba su aprobación como digno esposo de su hija, pero que no podía entregársela a no ser que se arrancara los dientes y se cortara las uñas, porque con eso asustaba a la muchacha. El león, por su amor, soportó ambas cosas con docilidad, pero el campesino, cuando se presentó de nuevo ante él, lo recibió con desprecio y, moliéndolo a palos, lo echó.

> *La fábula enseña que quienes se confían fácilmente a sus vecinos, cuando se despojan de sus armas se quedan indefensos frente a aquellos que antes los consideraban temibles.*

XXX
La mona y sus hijos

Una mona era madre de dos hijos, y a cada uno de ellos lo trataba de forma diferente. A uno lo descuidaba; al otro le daba todo su amor maternal. Con este amor, arruinó a su preferido, pues con sus muchos besos y abrazos lo malcrió haciéndolo débil e indefenso. El odiado, sin embargo, se acostumbró al abandono y a escapar del peligro.

La fábula demuestra que la enemistad es mejor para nosotros que una mala amistad.

XXXI
El perro y la liebre

Un perro de caza, que había atrapado una liebre, la llevaba mordiéndola a ratos, pero a veces le lamía el hocico. Y la liebre, cansada, le dijo:

—¡Vaya con este! Deja ya de morderme y de darme besos al mismo tiempo, que pueda yo saber si eres mi amigo o mi enemigo.

La fábula es oportuna para los hombres indecisos.

XXXII
EL PASTOR MENTIROSO

Había una vez un niño que apacentaba su rebaño desde una colina y, de pronto, empezó a gritar sin parar:

—¡Socorro, socorro, un lobo!

Y los campesinos acudieron corriendo hasta el rebaño, pero descubrieron que era mentira. Varias veces lo hizo el muchacho, y otras tantas acudieron y descubrieron que era mentira. Después de esto, el lobo apareció, y el muchacho gritó:

—¡El lobo, vengan, el lobo!

Pero como nadie lo creyó ni acudió a ayudarle, el lobo, seguro y confiado, acabó con todo el rebaño sin dificultad.

La fábula enseña que no conviene decir mentiras, porque entonces no nos creerán cuando digamos la verdad.



XXXIII
Los dos muchachos y el carnicero

Dos muchachos estaban comprando carne en el mismo sitio. Y como el carnicero estaba ocupado en otra cosa, uno de ellos aprovechó para robar un trozo de carne y lo puso en el bolsillo del otro. Al volverse el carnicero y darse cuenta de la falta, los culpó a los dos, pero el que lo había cogido juraba que no lo tenía, y el que lo tenía juraba que no lo había cogido. Al darse cuenta de su astucia, porque eran cómplices, les dijo:

—Podéis engañarme a mí, pero no engañaréis a los dioses con falsos juramentos.

La fábula enseña que el perjurio[14] *es una falta, aunque vaya envuelto en razonamientos aparentemente verdaderos.*

XXXIV
El embustero

Un pobre hombre enfermo suplicaba a los dioses diciendo que, si se curaba, les ofrecería cien bueyes en sacrificio, y estos, para ponerlo a prueba, lo hicieron recuperarse. Una vez sano, el hombre, como no tenía ningún buey que sacrificar, hizo cien bueyes de sebo y los quemó en el altar diciendo:

—Oh, espíritus, he cumplido mi promesa.

Los dioses, sin embargo, en venganza, se le aparecieron en sueños y le dijeron:

—Ve a la playa a cierto lugar, que allí encontrarás cien monedas de oro.

El hombre se despertó y con gran alegría se dirigió corriendo al lugar señalado a buscar el tesoro. Allí fue hecho prisionero por unos piratas, que lo vendieron por esas cien monedas de oro.

La fábula enseña que los dioses aborrecen a los mentirosos.

XXXV
La bruja

Una bruja aseguraba ser capaz de hacer conjuros para alejar la cólera de los dioses. Vivía de eso y obtenía una buena ganancia. Algunos ciudadanos, sin embargo, la acusaron de sacrilegio[15], y la mujer fue llevada a juicio y condenada a muerte. Un hombre, entonces, al verla conducida fuera del tribunal, le dijo:

—Tú, que asegurabas poder alejar la cólera de los dioses, ¿cómo no puedes cambiar la voluntad de los simples mortales?

La fábula enseña que muchos que prometen grandes cosas no son capaces de hacer las pequeñas.

XXXVI
HERMES Y TIRESIAS[16]

Hermes quería probar si las dotes adivinatorias de Tiresias eran ciertas, de modo que le robó los bueyes que tenía en el campo y, adoptando apariencia humana, se fue a la ciudad a pedir acogida en su casa. Cuando Tiresias supo del robo de sus bueyes, cogió a Hermes y se lo llevó a las afueras a observar el vuelo de las aves para realizar un augurio[17] sobre el robo. Le pidió que le dijera qué ave veía, y Hermes vio primero un águila que volaba de izquierda a derecha. Se lo dijo a Tiresias, pero este le contestó que no tenía significado alguno. Después, Hermes vio un grajo posado en un árbol, que miraba arriba al cielo y luego se inclinaba al suelo y así se lo señaló. Tiresias le contestó:

—El grajo sin duda está jurando por el Cielo y la Tierra que está en tu mano que pueda recuperar mis bueyes.

Esta fábula puede emplearse con alguien que sea un ladrón.

XXXVII
El lobo y la vieja

Un lobo hambriento vagaba buscando comida. Llegó a cierto lugar y oyó el llanto de un niño y a una vieja que le decía:

—Deja de llorar, que si no, ahora mismo te llevo al lobo.

Creyendo el lobo que la vieja hablaba en serio, se quedó mucho tiempo esperando, y, al llegar la noche, escuchó de nuevo a la vieja que arrullaba al niño y le decía:

—Si viene el lobo, lo mataremos, mi niño.

Al oírlo, el lobo se marchó diciendo:

—En esta casa, dicen una cosa y hacen otra.

La fábula advierte contra aquellos hombres que dicen una cosa y hacen otra bien diferente.

XXXVIII
EL AVARO

Cierto hombre avaro vendió todas sus riquezas, hizo un lingote de oro y lo enterró junto a un muro. Cada día iba a verlo, pero un obrero comenzó a vigilarlo, de forma que acabó encontrando el lugar, descubrió el oro y se lo robó. Poco después llegó el dueño y, como no encontró su tesoro, se puso a llorar y a tirarse de los pelos. Uno que lo vio lamentándose de esta manera le preguntó qué le ocurría y, al saberlo, le dijo:

—Ay, amigo, no estés triste, coge una piedra, ponla en su lugar y piensa que es tu tesoro, pues, según veo, cuando estaba allí no tenías ninguna necesidad de él.

La fábula enseña que no tiene sentido acumular riquezas si no nos ofrecen ninguna utilidad.

XXXIX

EL PERRO QUE LLEVABA UN TROZO DE CARNE

Un perro vadeaba[18] un río con un trozo de carne en la boca, y, al ver su reflejo en el agua, creyó que era otro perro que llevaba un trozo de carne mayor. Y así, soltando el suyo, se precipitó para apoderarse del otro. Ocurrió, sin embargo, que se quedó sin ninguno de los dos; uno, porque no pudo alcanzarlo, ya que no existía, y el otro, porque el río se lo llevó.

La fábula es oportuna para los hombres ambiciosos.

XL
La gallina de los huevos de oro

Un hombre tenía una hermosa gallina que ponía huevos de oro. Y pensando que dentro de ella había un montón de oro, la sacrificó, pero encontró que era igual que el resto de las aves. Esperando encontrar una enorme riqueza, perdió una pequeña renta.

La fábula enseña que, si tienes algo, debes conformarte con ello y huir de la avaricia, no sea que pierdas también lo que tienes.



XLI

EL LEÓN Y LA LIEBRE

Un león encontró una liebre que estaba durmiendo, y se la iba a comer cuando en ese preciso instante vio pasar una cierva. Dejó la liebre y echó a correr tras la cierva, y entonces la liebre se despertó por el ruido y huyó. Después de una larga persecución, el león no pudo alcanzar a la cierva, así que se volvió a donde estaba la liebre, pero, al encontrar que también ella había huido, dijo:

—Me lo tengo bien merecido, por dejarme ir la presa que tenía en las manos con la esperanza de una mayor.

Así, algunos hombres no se conforman con modestas ganancias, sino que, persiguiendo otras mayores, se olvidan de ellas y pierden lo que tienen en las manos.

XLII
Hermes y el leñador

Un hombre que cortaba leña en la orilla de un río perdió su hacha, y, al ver que no podía continuar con su trabajo, se sentó junto al río y se echó a llorar. Hermes, cuando supo la causa de su desgracia, compadecido, se sumergió en el río y sacó un hacha de oro. Preguntó al hombre si era el hacha que había perdido, pero este le dijo que no, por lo que de nuevo Hermes se metió en el agua y volvió con una de plata. Le dijo entonces el hombre que tampoco era aquella, y bajó Hermes por tercera vez trayendo la que era suya. El hombre reconoció ahora que era la que había perdido, y Hermes, ante tal muestra de honradez, se las regaló todas.

El hombre volvió con sus compañeros y les contó lo sucedido. Uno de ellos, decidido a hacer lo mismo, se fue al río, tiró su hacha adrede a la corriente y se sentó a llorar. Hermes también se le apareció. Le preguntó por el motivo de su lamento, y, bajando igualmente al río, le trajo un hacha de oro. Le preguntó si era la que había perdido, y este le respondió con gusto:

—Sí, esa es.

Pero el dios, aborreciendo semejante desvergüenza, no solo se quedó con la de oro, sino que tampoco le devolvió la suya.

La fábula enseña que la divinidad favorece a los honrados en la misma medida en que castiga a los codiciosos.

XLIII
El león y el jabalí

En verano, cuando el calor apremia la sed, llegaron a un pequeño manantial a beber un león y un jabalí. Discutieron sobre cuál de ellos bebería primero, y de la disputa llegaron a una pelea a muerte. De repente, sin embargo, en un descanso para recobrar el aliento, vieron unos buitres que esperaban a ver quién de ellos caía para comérselo. Entonces, abandonando la lucha, dijeron:

—Es mejor que seamos amigos que servir de alimento para buitres y cuervos.

La fábula enseña que es mejor arreglar nuestras peleas y rivalidades, puesto que no hacen sino ponernos a todos en peligro.

XLIV
El campesino y el águila

Un labrador, que había encontrado un águila en una trampa, se quedó fascinado por su belleza y la dejó en libertad. El ave, agradecida, no olvidó el favor, y, al ver que el labrador estaba sentado al pie de un muro que amenazaba con derrumbarse, voló hasta él y con sus garras le arrebató un cinta que llevaba en el pelo para hacer que se levantara y la persiguiera. Entonces, el águila soltó la cinta y el labrador pudo recogerla y regresó al muro. Allí encontró que el muro se había caído justo en el lugar donde estaba sentado, y se quedó muy sorprendido de cómo el águila le había devuelto el favor.

La fábula enseña que debemos pagar un favor con otro, pues el bien que hagamos nos será devuelto.

XLV

La hormiga y la paloma

Una hormiga sedienta, que había bajado a beber a una fuente, estaba a punto de ahogarse arrastrada por la corriente. Una paloma, al verla, cogió una ramita de árbol y la echó en la fuente para que la hormiga se subiera y pudiera salvarse. En esto, un pajarero había colocado su trampa y se disponía a cazar a la paloma, pero la hormiga, que lo vio, le mordió un pie al pajarero, y este, a causa del dolor, acabó soltando la trampa y la paloma pudo huir enseguida.

La fábula enseña que debemos estar agradecidos a nuestros bienhechores.

XLVI
LOS CAMINANTES Y LA OSA

Dos amigos que viajaban juntos encontraron de pronto una osa en mitad del camino. Uno de ellos corrió a subirse a un árbol para esconderse, y el otro, que estaba a punto de ser atrapado, se dejó caer al suelo y se hizo el muerto. La osa le acercó el hocico y lo olisqueó, pero este contuvo el aliento, pues dicen que el animal no toca lo que está muerto. Una vez que la osa se hubo alejado, el que se había subido al árbol bajó y le preguntó a su amigo qué le había dicho la osa al oído, y este le contestó:

—Que en adelante no viaje con amigos que me abandonen en los momentos de peligro.

La fábula enseña que las desgracias ponen a prueba a los verdaderos amigos.

XLVII
El alción

El alción es un ave que vive en el mar a la que le gustan los sitios desiertos, y se dice que anida en los acantilados de la costa para guardarse de los hombres. Un día, un alción que iba criar subió a un promontorio y, divisando una roca en medio del mar, puso sus huevos en ella. Tiempo después, sucedió que salió a buscar comida para sus polluelos, pero, entretanto, se levantó una tempestad que hizo llegar las olas hasta el nido y ahogó a los polluelos. Cuando el alción regresó y se dio cuenta de lo sucedido, se dijo:

—Desgraciado de mí, que hui de la tierra para guardarme de ella y me ha sucedido algo mucho peor.

Así también sucede que algunos hombres, queriendo guardarse de sus enemigos, vienen a dar con amigos mucho peores que ellos.

XLVIII
Los viajeros y el hacha

Sucedió que dos hombres viajaban juntos y uno de ellos encontró un hacha. El otro, entonces, le dijo:

—Hemos encontrado un hacha.

Sin embargo, el otro le advirtió que no dijera «hemos encontrado», sino «has encontrado». Pero poco después les salieron al encuentro los que habían perdido el hacha, y el que la tenía, al verse acorralado, dijo a su compañero:

—Estamos perdidos.

Y este le contestó:

—No digas «estamos perdidos», sino «estoy perdido», pues, cuando encontraste el hacha, no la compartiste conmigo.

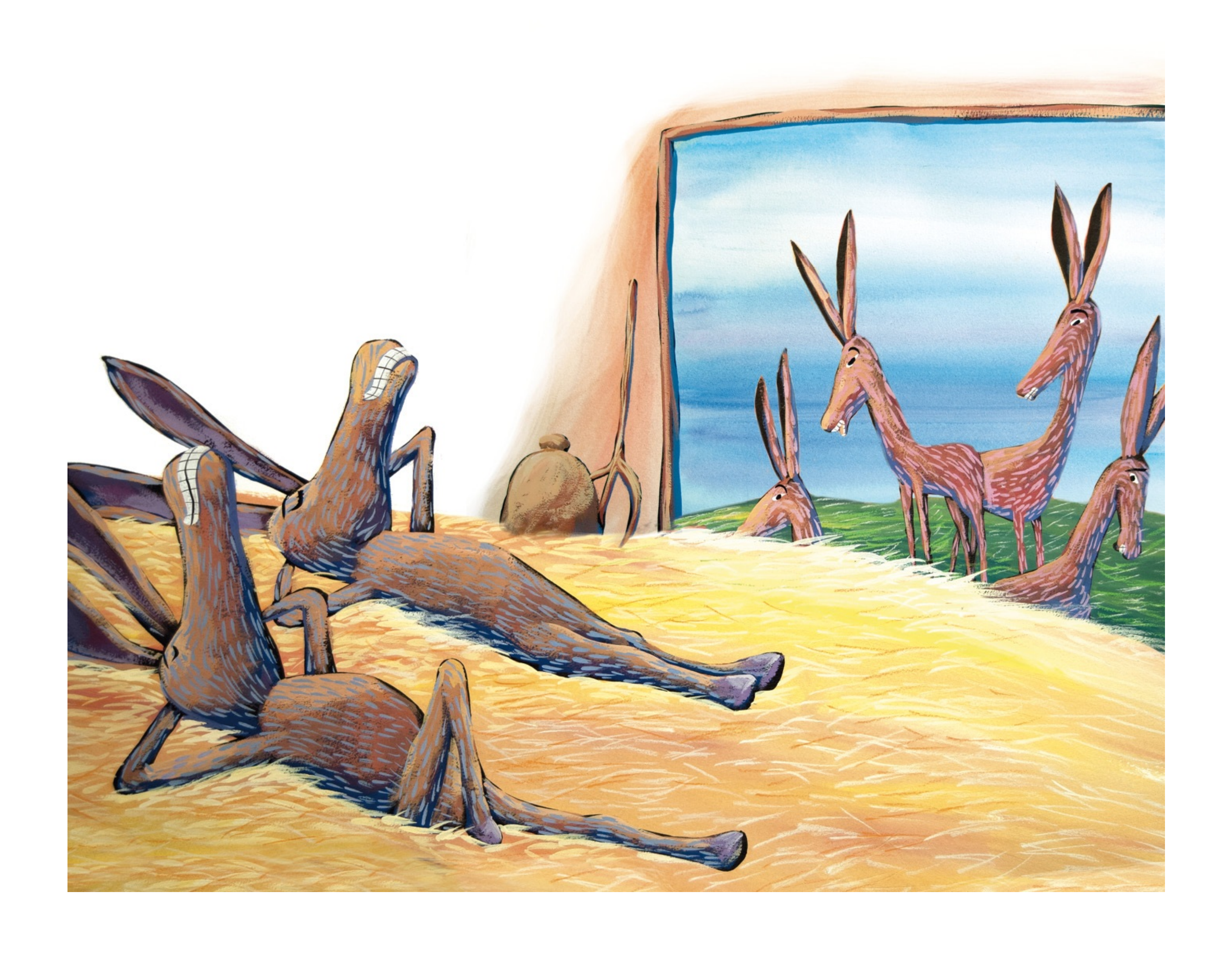
La fábula enseña que los que no comparten su buena fortuna tampoco serán tus amigos en la desgracia.

XLIX
El hombre que quería comprar un asno

Un hombre que iba a comprar un asno lo cogió primero para probarlo. Lo llevó donde tenía los suyos y lo dejó en el establo. El asno, dejando a un lado a los demás, se fue a poner junto al más perezoso y comilón de todos. Y como el asno no hacía nada, el hombre lo apartó enseguida y se lo llevó de nuevo a su amo de vuelta. Este le preguntó si solo con eso podía probarlo, y el hombre le contestó:

—No necesito más pruebas, pues sé que será igual que aquel al que, de entre todos mis asnos, ha elegido como compañero.

La fábula enseña que a las personas se las juzga por sus amistades.



L
El cuervo enfermo

Un cuervo que estaba enfermo le dijo a su madre:

—Madre, ruega a los dioses y no llores.

Pero ella, tomando la palabra, le respondió:

—Y ¿cuál de los dioses, hijo, se apiadará de ti si a todos les has robado la carne de sus ofrendas?

La fábula enseña que los que en vida cuentan con muchos enemigos no encontrarán un amigo cuando lo necesiten.

LI
El ciervo y el león

Un ciervo que estaba sediento llegó a un manantial, y, al ver su sombra en el agua mientras bebía, se sintió orgulloso de su cornamenta con su enorme y vistoso tamaño, pero aborreció sus finas y débiles patas. Aún estaba en estas cavilaciones cuando apareció un león, que echó a correr tras él, pero en la huida el ciervo le sacó una gran ventaja, pues la fuerza de los ciervos está en sus patas, mientras que la de los leones está en su corazón. Mientras corrieron a campo abierto, la ventaja lo mantuvo a salvo, pero cuando llegaron a un terreno arbolado, como sus cuernos se enredaban en las ramas, el ciervo no pudo seguir corriendo y fue apresado por el león. A punto de morir, se dijo a sí mismo:

—Desgraciado de mí, pues las que pensaba que me iban a traicionar, me salvaban, y aquellos en los que precisamente confiaba, me han perdido.

Así muchas veces, en el peligro, los amigos inciertos se convierten en nuestros salvadores, y son precisamente aquellos en quienes confiamos los que nos traicionan.



LII
El caballo, el buey, el perro y el hombre

Zeus, al hacer al hombre, lo hizo mortal. Pero este, utilizando su inteligencia, cuando llegó el invierno, se construyó una casa y vivió en ella. Un día que vino un frío terrible y Zeus hizo llover, un caballo, empapado y aterido, llegó y le pidió al hombre que lo cobijara. El hombre le dijo que no lo haría a menos que le diera una parte de sus propios años, y el caballo aceptó gustoso. No mucho después llegó también el buey, que tampoco podía soportar el mal tiempo, y el hombre le contestó igualmente que no accedería si no le concedía cierto número de sus años. El buey le dio una parte y fue admitido. Al fin, vino el perro medio muerto, y cediendo una parte del tiempo de su existencia obtuvo refugio.

Esa es la naturaleza de los hombres. Cuando están en el tiempo que Zeus les ha dado, son puros y buenos; cuando llegan a los años del caballo, son orgullosos y altivos; al llegar a los años del buey, se acostumbran a mandar; pero cuando cumplen el tiempo del perro, se vuelven irascibles y de mal carácter.

Esta fábula puede usarse contra los viejos coléricos y gruñones.

LIII
El niño y el león pintado

Érase una vez un anciano que tenía un hijo único al que le gustaba cazar, y en un sueño vio cómo este era devorado por un león. Temiendo, pues, que el sueño se hiciera realidad, mandó construir una casa alta y hermosa, y encerró en ella a su hijo bajo vigilancia. Para agradarle, mandó decorar las paredes de la casa con toda clase de animales, entre los que había también un león. El hijo, al verlo, se entristeció aún más, y, plantándose frente a él, le dijo:

—¡Maldito animal! Por tu culpa y por un falso sueño de mi padre me veo encerrado en esta casa como en una cárcel. ¿Qué puedo hacerte?

Y diciendo esto, cogió un palo para dejar ciego al león de la pared. Sin embargo, una espina se le clavó en un dedo y la herida se le hinchó y acabó tumefacta. Le dio fiebre y en poco tiempo murió. De esta manera, el león, finalmente, acabó con la vida del muchacho en contra de los planes de su padre.

La fábula enseña que nadie puede escapar a su destino.

LIV
El hombre que prometía imposibles

Un pobre hombre que estaba enfermo y se encontraba muy mal, después de que los médicos no le dieran esperanzas porque no tenía con qué pagarles, invocó a los dioses y les suplicó diciendo:

—Oh, dioses brillantes y grandes, si me dais la salud, prometo sacrificar cien bueyes en vuestro honor.

Pero su esposa, sin embargo, al oírlo, le dijo:

—¿De dónde vas a sacarlos, si te recuperas?

Y él le contestó:

—¿Y piensas de veras que me voy a recuperar, como para que los dioses puedan reclamármelo?

La fábula enseña que muchos hacen promesas con facilidad cuando sospechan que no van a tener que cumplirlas.

LV. La comadreja y Afrodita[19]

Una comadreja enamorada de un apuesto joven suplicó a Afrodita que la convirtiera en mujer. La diosa se apiadó de su amor apasionado y la convirtió en una hermosa muchacha. Así, el joven, al verla, se enamoró de tal manera que la llevó a su casa. Afrodita, queriendo saber si la comadreja con su nuevo cuerpo tenía también una nueva naturaleza, soltó un ratón en medio de la habitación en la que estaban los enamorados. La comadreja salió corriendo al instante tras el ratón para atraparlo y comérselo, y entonces la diosa, irritada, la devolvió a su antigua naturaleza.

> *De igual manera, los hombres que son malvados por naturaleza, aunque cambien de estado, no cambian su forma de ser.*

LVI

El hombre y el león que viajaban juntos

En cierta ocasión, un hombre viajaba con un león. Cada uno iba presumiendo de ser mejor que el otro cuando en el camino encontraron una piedra esculpida que representaba un hombre estrangulando a un león. El hombre se la enseñó al león diciendo:

—Ves como somos más fuertes que vosotros.

Y el león le dijo sonriendo:

—Si los leones supieran esculpir, verías muchos hombres a los pies de un león.

La fábula enseña que muchos, de palabra, presumen de ser valientes y audaces, pero luego la experiencia los contradice poniéndolos en evidencia.



LVII
El asno, el gallo y el león

Un asno y un gallo estaban descansando juntos cuando un león se abalanzó sobre el asno. El gallo se puso a cantar, pues dicen que el león se asusta del canto del gallo, y el león salió huyendo. El asno, pensando que había huido de él, echó a correr de nuevo hacia el león. Sin embargo, cuando se alejó, ya no se oía el canto del gallo, así que el león se dio media vuelta y lo devoró. En el momento de morir, el asno gritaba:

—Ay, desgraciado, tonto de mí, pues si no son guerreros mis padres, ¿por qué me he precipitado a pelear?

La fábula enseña que muchos hombres, cuando sus enemigos están humillados, aprovechan para atacarlos, y así mueren a manos de ellos.

LVIII
EL CAZADOR COBARDE Y EL LEÑADOR

Cierto cazador seguía las huellas de un león. Encontró a un leñador y le preguntó si había visto huellas de un león y dónde tenía su guarida. Este le contestó:

—Ahora mismo te enseñaré al propio león.

Pero el cazador, pálido de miedo y castañeteando los dientes, le dijo:

—Solo busco las huellas, no al león.

La fábula censura a los cobardes, a los atrevidos de palabra pero no de obras.

LIX
Zeus y los hombres

Zeus, después de modelar a los hombres, ordenó a Hermes que les diera la inteligencia, y este, haciendo porciones iguales, las puso en cada uno de ellos. Y ocurrió que los más pequeños quedaron llenos con su parte de inteligencia y fueron sabios, pero los altos se quedaron tontos, porque la porción de inteligencia que se les puso les alcanzó solo hasta las rodillas y no les llegó para todo el cuerpo.

Esta fábula es apropiada para el hombre grande de cuerpo pero corto de mente.

LX
El mono y la red

Un mono, sentado en lo alto de un árbol, miraba a unos pescadores que tiraban su red en un río. Observaba cada cosa que hacían, y, al dejar ellos la red para irse un rato a comer, bajó del árbol y quiso imitarlos. Dicen que este animal es muy buen imitador, pero, al echar las redes, se quedó enredado en ellas y empezó a ahogarse. Y el mono se decía:

—Lo tengo merecido. ¿Por qué tengo yo que pescar, si nunca he sabido?

La fábula enseña que los propósitos de los ignorantes no solo son improductivos, sino incluso perjudiciales.

LXI
La zorra y el chivo en el pozo

Una zorra cayó a un pozo y quedó atrapada en él sin poder escapar, pero entonces llegó al mismo pozo un chivo para beber. Al verla, este le preguntó si el agua era buena, y la zorra, poniendo buena cara a su desgracia, se deshizo en alabanzas del agua, diciendo al chivo que el agua era estupenda y que bajara a beber.

El chivo bajó sin pensarlo y, después de saciar su sed, se puso a considerar con la zorra cómo haría para salir de allí. La zorra le dijo:

—Hay una forma de que los dos podamos salvarnos. Apoya tus patas delanteras contra la pared y alza tus cuernos, que yo treparé primero y luego tiraré de ti.

Así lo hizo el chivo siguiendo su consejo, pero la zorra, tras subir por sus patas y cuernos hasta la boca del pozo, una vez arriba, se alejó. El chivo le echó en cara que no cumpliera con lo acordado, pero ella, volviéndose, dijo:

—¡Oye! Si tuvieras tanto seso como pelos en la barba, no habrías bajado sin preocuparte antes de cómo salir.

De la misma manera, antes de actuar, los hombres inteligentes deben calcular las consecuencias de sus acciones.

LXII
El pescador y el pececillo

Un pescador echó al mar su red y recogió un pececillo, pero este le suplicó que no lo pescara, que lo dejara marchar porque era aún muy pequeño.

—Cuando crezca y sea grande —le dijo—, dejaré que me cojas, porque así te seré de mayor provecho.

El pescador, sin embargo, le contestó:

—No sería muy listo si dejara la pesca que tengo en las manos, por pequeña que sea, con la esperanza de alcanzar algún día una mayor.

La fábula enseña que no es inteligente dejar la ganancia lograda, aun siendo pequeña, por la esperanza de algo mejor.



LXIII
El lobo y la grulla

Un lobo que se había atragantado con un hueso corría por todas partes buscando a quien pudiera ayudarle. Encontró a una grulla y le pidió que se lo sacara con la promesa de que la pagaría. Ella metió su cabeza en la boca del lobo, le sacó el hueso y, entonces, le reclamó la paga acordada. Este, sin embargo, la respondió diciendo:

—Oye, ¿no te conformas con haber sacado tu cabeza a salvo de la boca de un lobo, sino que además me pides que te pague?

La fábula enseña que la mayor recompensa que se puede recibir de los malvados es no ser objeto de su maldad.

LXIV

El campesino y la serpiente helada

Era invierno y un campesino se encontró una serpiente helada de frío. Compadecido de ella, la recogió y la colocó bajo su manto. Con el calor, la serpiente recuperó su propia naturaleza, mordió a su benefactor y lo mató. Al morir, el campesino decía:

—Merecido lo tengo por compadecerme de un animal dañino.

La fábula enseña que la maldad es siempre maldad, aunque se la trate con la mayor de las bondades.

LXV
El asesino

Un hombre había matado a otro y era perseguido por los parientes de este. Llegó hasta el río Nilo y allí se encontró con un lobo, y, como tuvo miedo, se subió a un árbol que había junto al río para esconderse. Al poco, vio una serpiente que reptaba por el tronco y se tiró al río. Sin embargo, resultó que en el agua había un cocodrilo y se lo comió.

La fábula enseña que los malvados no están a salvo ni en tierra, ni en el aire, ni en el agua.

LXVI
El lobo y el labrador

Un día, un labrador soltó su buey del yugo y lo llevó a beber. Mientras tanto, un lobo hambriento que buscaba comida encontró el arado y empezó a lamer el yugo. Después metió el cuello y, sin darse cuenta, ya no podía sacarlo. Se puso a arar el campo, y cuando llegó el labrador y lo vio, le dijo:

—Ojalá, mala cabeza, pudieras dejar tus robos y tus crímenes para dedicarte a la agricultura.

Igual ocurre con los malvados. Aunque hagan la mejor de las promesas, no son de fiar por culpa de sus malas costumbres.

LXVII
El hombre que rompió una estatua

Había una vez un hombre que tenía una estatuilla de madera de un dios, y, como era pobre, le pedía que lo socorriera. Sin embargo, aunque seguía insistiendo, no salía de la pobreza, de modo que un día, enfadado, la cogió de una pierna y la tiró contra la pared. La cabeza de la figura se rompió y de ella cayeron unas monedas de oro. El hombre, mientras las reunía, gritaba:

—Eres perverso e ingrato. Cuando te honraba no me correspondías, y ahora que te tiro contra la pared me lo agradeces con toda clase de bienes.

La fábula enseña que nada se gana honrando a un hombre malvado.



LXVIII
Las ranas que elegían rey

Unas ranas, cansadas de vivir en la anarquía[20], enviaron a las más viejas a Zeus, para pedirle que les diera un rey. Este, viendo la tontería de la petición, dejó caer un palo en su charca. Las ranas, al principio, se asustaron del ruido y se tiraron al fondo de la charca, pero, después, como el palo no se movía, salieron y se pusieron a burlarse de tal manera que acabaron subiéndose a él y sentándose encima.

Indignadas por haber recibido un rey semejante, acudieron a Zeus por segunda vez y le pidieron que les cambiara el rey, puesto que el primero era un inútil. Zeus, irritado con ellas, les envió esta vez una serpiente de agua, que las cazó una por una y se las comió.

La fábula muestra que es mejor tener reyes inútiles, pero sin maldad, que perversos y malintencionados.

LXIX
Los dos enemigos

Dos enemigos navegaban en el mismo barco, y, como querían estar lo más separados posible uno de otro, pensaron ponerse uno en la proa y el otro en la popa, y no moverse de allí. Se levantó una violenta tempestad y, cuando el barco estaba a punto de naufragar, el de la popa le preguntó al timonel qué parte del barco corría peligro de hundirse primero. Este le contestó que la proa, y entonces el hombre dijo:

—La muerte no va ser triste para mí si veo morir a mi enemigo antes que yo.

La fábula enseña que muchos hombres no piensan en su propio daño si pueden ver a sus enemigos perjudicados antes que ellos.

LXX

Heracles[21] y el boyero[22]

En una ocasión, un boyero conducía su carreta hacia una aldea cuando la carreta cayó a un profundo barranco. Debía haber corrido a intentar sacarla, pero, en vez de eso, se quedó quieto suplicando a Heracles que lo socorriera, pues era de todos los dioses el único al que veneraba. El dios se le apareció y le dijo:

—Sujeta las ruedas y arrea los bueyes, y haz tus súplicas a los dioses cuando hayas hecho algo por ti mismo, no sea que supliques en vano.

LXXI
EL NÁUFRAGO

Un rico hombre ateniense viajaba en barco con algunos compañeros cuando se produjo una violenta tempestad que los hizo naufragar. Todos los demás se echaron a nadar, pero el ateniense suplicaba a Atenea[23] haciéndole mil promesas si lo salvaba. Uno de los náufragos que pasaba nadando junto a él le dijo:

—Con la ayuda de Atenea, sí, pero tú mueve también los brazos.

Es, pues, necesario que, además de invocar a los dioses, también nosotros pensemos en hacer algo en nuestro propio provecho. Porque es mejor ganarse el favor de los dioses mediante el esfuerzo que despreocuparse y esperar ser salvados por ellos.

Cuando caemos en desgracia, además de pedir ayuda a los dioses, debemos esforzarnos por nosotros mismos.

LXXII
La liebre y la tortuga

Una liebre se estaba riendo de las patas de una tortuga, y ella le dijo:

—Yo te puedo ganar, pies rápidos.

Y la liebre le respondió:

—Déjate de palabras. Echemos una carrera para comprobarlo.

—¿Quién elegirá el lugar y proclamará al vencedor? —dijo la tortuga.

—La zorra —contestó la liebre—, que es la más justa y sabia.

La zorra señaló el lugar del comienzo de la carrera, y la tortuga, a lo suyo, comenzó el camino. La liebre, en cambio, confiada en sus pies, se echó a dormir, y, al llegar a la meta, se encontró que la tortuga había vencido.

La fábula demuestra que muchos hombres tienen una naturaleza extraordinaria, pero se echan a perder por su pereza, y, sin embargo, otros con su sobriedad, su empeño y sus ganas logran vencer a los que son de naturaleza indolente.



LXXIII
El campesino y sus hijos

Un campesino que sabía que iba a morir pronto quiso dejar a sus hijos el conocimiento de la agricultura, así que los llamó y les dijo:

—Hijos míos, mi vida se acaba. En cuanto a vosotros, si buscáis lo que he escondido en la viña, lo encontraréis.

Estos, tras la muerte del padre, creyendo que había un tesoro enterrado en alguna parte, cavaron toda la viña, pero no encontraron nada. Sin embargo, la viña, bien cavada, dio mucho fruto.

La fábula enseña que el esfuerzo es un tesoro para los hombres.

LXXIV
La ternera y el buey

Una ternera, que estaba ociosa, vio un buey arando y se compadeció de él diciendo:

—¡Qué trabajo más duro y agotador el tuyo!

El buey calló y siguió abriendo el surco. Pero llegó un día en que los campesinos quisieron hacer un sacrificio a los dioses, y el viejo buey fue soltado del yugo y llevado a pastar. La ternera, en cambio, fue atada y llevada a sacrificar, y el buey le dijo:

—Por eso te dejan sin trabajar, porque tu cuello se reserva para el cuchillo del sacrificio, no para el yugo del arado.

La fábula enseña que el que trabaja y se esfuerza merece el elogio; el perezoso, el castigo y la desventura.

LXXV
La zorra y la máscara de teatro

Una zorra llegó a la casa de un actor y se puso a examinar sus cosas. Encontró la cabeza de una máscara muy bien hecha, y, cogiéndola en las manos, le dijo:

—¡Qué estupenda cabeza si tuviera cerebro!

La fábula advierte contra los hombres de cuerpo magnífico pero faltos de inteligencia.

LXXVI
La zorra y las uvas

Una zorra hambrienta, al ver unos racimos de uvas que colgaban de una parra, quiso alcanzarlos, pero no pudo. Entonces, alejándose, dijo:

—Están verdes.

De igual forma, algunos culpan a las circunstancias de lo que no son capaces de lograr por sí mismos.



LXXVII

El jabalí, el caballo y el cazador

Un jabalí y un caballo pastaban juntos. El jabalí, sin embargo, destrozaba la hierba y enturbiaba el agua, así que el caballo, queriendo alejarlo de allí, tomó a un cazador como aliado. Este le dijo que no podría ayudarle a no ser que aceptara ponerse las riendas y transportarlo como jinete, y el caballo consintió. El cazador, entonces, montado sobre él, mató al jabalí y al caballo, luego, lo llevó hasta el establo y allí lo amarró.

Así, muchos, por un estúpido arrebato de ira, al querer quitarse de en medio a sus enemigos, caen en manos de otros iguales.

LXXVIII
Helios y las ranas

Era verano y se celebraban las bodas de Helios, el dios del sol. Todos los animales participaban del acontecimiento, y también las ranas compartían la alegría. Sin embargo, una de ellas dijo:

—¿Qué celebráis?, insensatas. Si el sol, que es solo uno, nos seca la charca, ¿qué será de nosotras si se casa y tiene un niño como él?

La fábula enseña que muchos insensatos se alegran por cosas de las que no tienen motivo.

LXXIX
La tortuga y el águila

Una tortuga se quejaba a un águila de que nadie la había enseñado a volar. El águila le advirtió de que era cosa de su naturaleza, pero ella seguía insistiendo en sus ruegos, así que el águila la cogió con sus garras, la llevó muy alto y desde allí la soltó. La tortuga cayó sobre unas piedras y se destrozó.

La fábula enseña que muchos no hacen caso de los más sabios y acaban por perjudicarse a sí mismos.



LXXX
El médico ignorante

Había una vez un médico que no sabía nada de medicina. Atendía a un enfermo, y mientras todos los médicos le decían que no corría peligro, que la enfermedad seguiría su curso y sanaría con el tiempo, este le dijo que pusiera en orden todos sus asuntos, porque no pasaría del día siguiente. Dicho esto, se marchó. Tiempo después, el enfermo pudo levantarse y, aún amarillo y caminando a duras penas, salió a la calle. El médico se lo encontró.

—Hola —le dijo—. ¿Cómo están por allí abajo?

Y aquel le contestó:

—Allí andan tranquilos bebiendo el agua del Leteo[24]. Pero Hades[25] y Tánatos[26] hace poco estaban profiriendo terribles amenazas contra todos los médicos, porque no dejan morir a los enfermos. Los están apuntando a todos en una lista. Te iban a apuntar a ti también, pero yo me presenté ante ellos suplicante y les juré que no era cierto que tú fueras médico, y que, por tanto, la acusación carecía de sentido.

Esta fábula denuncia a los médicos charlatanes, ignorantes y sin estudios.

LXXXI
Zeus y los robles

Un día, los robles acudieron a Zeus a quejarse de la mala vida que llevaban sin motivo, pues debían soportar más que cualquier otro árbol la violencia del hacha. Y Zeus les contestó:

—Vosotros mismos sois los culpables de vuestra desgracia, pues si no produjerais los mangos que son tan útiles a los carpinteros y los labradores, no habría hacha que os cortara.

Algunos, siendo ellos mismos la causa de los males que padecen, elevan a los dioses sus quejas sin razón.

LXXXII
Diógenes y el calvo

Un día, el filósofo Diógenes fue insultado por un hombre calvo, y entonces le contestó:

—Lejos de mí la intención de insultarte. Pero alabo, sin embargo, los pelos que han abandonado tu estúpida cabeza.

LXXXIII
La hormiga y el escarabajo pelotero

Era verano y una hormiga iba por los campos recogiendo granos de trigo y cebada, guardándolos para tener con qué alimentarse durante el invierno. Un escarabajo, al verla, se sorprendió de que estuviera tan ocupada, trabajando en una época en la que el resto de los animales, olvidado de las labores, se entrega al descanso. La hormiga entonces no se inmutó, pero más tarde, cuando llegó el invierno y las boñigas se deshacían bajo la lluvia, el escarabajo acudió a ella hambriento para pedirle algo de comer. Ella, sin embargo, le contestó:

—¡Ay, escarabajo!, si entonces hubieras trabajado, cuando yo lo hacía y te burlabas de mí, ahora no te faltaría el alimento.

Así, los que no se preocupan por el bienestar del porvenir sufren grandemente los cambios de la fortuna.

LXXXIV
El perro, el gallo y la zorra

Un perro y un gallo hicieron amistad y salieron de viaje. Al caer la noche, el gallo se subió a un árbol y el perro se echó a dormir en un hoyo al pie del árbol. Por la noche, cuando el gallo cantó como de costumbre, una zorra que lo oyó corrió hacia allí y le pidió que bajara, pues tenía una hermosa voz y quería saludarlo. El gallo le dijo que primero debía despertar al portero que estaba acostado abajo para entonces bajar. Ella fue a despertarlo, pero el perro, saltando de pronto, la hizo pedazos.

> *La fábula enseña que los sensatos, cuando se enfrentan a los problemas, saben precaverse contra ellos.*

LXXXV
El arquero y el león

Un arquero fue a la montaña a cazar, pero todas las fieras, al verlo, desaparecían huyendo. Solo el león se atrevió a hacerle frente. El arquero, disparando una flecha, hirió al poderoso león diciendo:

—Conoce primero a mi mensajero y así podrás conocer mi fuerza.

Y el león entonces echó a correr sin mirar atrás.

En la carrera, le salió al encuentro una zorra y lo animó a que tuviera coraje, pero este le dijo:

—De ningún modo me vas a convencer, astuta, porque si el hombre tiene un pequeño mensajero como ese, ¿qué será de mí si me ataca él en persona?

La fábula enseña que desde el principio debemos prever el final de las situaciones para así poder salir bien de ellas.

LXXXVI
El ruiseñor y el murciélago

Un ruiseñor estaba cantando en su jaula junto a una ventana cuando un murciélago, al oír su voz, se acercó y le preguntó por qué descansaba durante el día y cantaba de noche. Este le contestó que no lo hacía sin motivo, pues fue cantando de día como lo capturaron, y desde entonces había aprendido la lección. Y dijo el murciélago:

—No deberías tomar las precauciones ahora que no sirven de nada, sino que tendrías que haberlo hecho antes de ser capturado.

> *La fábula enseña que el arrepentimiento es inútil tras la desgracia.*



LXXXVII

Zeus y la serpiente pisoteada

La serpiente se quejó a Zeus de que los hombres la pisaban a menudo, y Zeus le dijo:

—Si hubieras mordido al primero que te pisó, el segundo no habría intentado hacerlo.

> *La fábula enseña que los que se enfrentan a los primeros que les atacan son temidos por los demás.*

LXXXVIII
El león, la zorra y el ciervo

Un león, que estaba enfermo en su guarida, le dijo a la zorra, a la que estimaba y con quien tenía muy buen trato:

—Si quieres que me cure y siga vivo, trae a mis garras el ciervo más grande que puedas. Tráelo hasta el bosque engañándolo con tus dulces palabras, que tengo muchas ganas de probar su carne.

La zorra se marchó y encontró al ciervo saltando en el bosque. Se le acercó, lo saludó y le dijo:

—He venido con buenas noticias. Sabes que nuestro rey el león es mi vecino. Está enfermo, va a morir y estaba pensando en cuál de los animales podría reinar después de él.

La zorra le dijo que el jabalí no era muy listo, que el oso era torpe; el leopardo, irascible, y el tigre, un fanfarrón. Pero el ciervo era el más digno para el trono porque era esbelto, vivía mucho y su cornamenta era temida por las serpientes.

—Pero ¿para qué te voy a decir más? Está decidido que serás el rey. ¿Qué me darás por habértelo anunciado el primero? Vamos, dímelo que tengo prisa, no sea que me busque de nuevo el león, pues me quiere siempre a su lado como consejera. Si haces caso a una vieja, te aconsejo que vayas y te quedes junto a él hasta que muera.

Así habló la zorra, y el ciervo, cegado por la soberbia, fue a la cueva sin saber lo que iba a ocurrir. El león se abalanzó sobre él en un abrir y cerrar de ojos, pero solo pudo arañarle las orejas con sus garras y el ciervo pudo huir al bosque a toda velocidad.

La zorra se golpeaba de rabia por el trabajo perdido y el león se lamentaba con grandes rugidos, pues le podían el hambre y el sufrimiento. Entonces, por segunda vez, le suplicó a la zorra que hiciera algo, que engañara de nuevo al ciervo para traerlo.

Esta le contestó:

—Difícil tarea la que me pones, pero igualmente te ayudaré.

Y siguió al ciervo como un perro de caza empleando de nuevo toda su astucia. Preguntó a los pastores si lo habían visto, y estos le dijeron que estaba en el bosque. Lo encontró refrescándose en una fuente y allí se plantó ella, desvergonzada. El ciervo, irritado, con las crines tiesas, le dijo:



—¡Ay, desgraciada! No intentes atraparme de nuevo. Si vuelves a acercarte, no vivirás para contarlo. Engaña a otros incautos, hazlos reyes y que se lo crean.

Pero la zorra le replicó:

—¿Tan apocado[27] y cobarde eres? ¿Así confías en tus amigos? El león solo quería hablarte al oído y aconsejarte cómo dirigir el reino. Ahora está enfadado contigo y quiere nombrar rey al malvado lobo. Vuelve conmigo y no tengas miedo, que no te pasará nada.

Con palabras como estas volvió a engatusar al pobre ciervo y lo convenció para que fuera una segunda vez. Cuando llegaron a la cueva, el león se dio un completo festín, se comió hasta los huesos, los sesos y las entrañas. Allí estuvo, entretanto, la zorra mirando, y cuando el corazón del animal cayó al suelo, lo recogió sin que el león se diera cuenta. Después de acabar con todo, el león echó en falta el corazón, pero la zorra, desde una distancia prudente, le dijo:

—Verdaderamente que esta cierva no tenía corazón. No lo busques. ¿Cómo iba a tenerlo, si ha venido dos veces a casa del león y hasta sus propias garras?

La fábula enseña que el deseo desmedido de gloria trastorna el entendimiento humano y lo hace olvidarse de sus peligros.

LXXXIX
La zorra y el leopardo

Una zorra y un leopardo disputaban por su belleza, y como el leopardo presumía continuamente de su hermosa variedad de color, la zorra, en respuesta, le dijo:

—Mucho más hermosa que tú soy yo, porque mi hermosura no está en la variedad de mi pelaje, sino en la astuta condición de mi mente.

La fábula muestra que la mejor belleza no está en el cuerpo, sino en nuestra capacidad de pensar.

XC
Hermes y el escultor

Hermes, queriendo saber cuánto lo estimaban los hombres, tomó forma humana y se presentó en el taller de un escultor. Al ver una estatua de Zeus, preguntó cuánto costaba, y le respondieron que una moneda de plata. Se rio y preguntó por la de Hera[28], y le contestaron que valía más. Entonces, vio la suya y pensó que, siendo mensajero de los dioses y protector del comercio, los hombres lo tendrían en mucha estima, así que preguntó por su precio. El escultor le contestó:

—Si me compras estas, te la daré gratis.

Esta fábula sirve contra el hombre vanidoso al que nadie quiere en ninguna parte.

XCI
El cuervo y la zorra

Un cuervo que había robado un trozo de carne se posó en lo alto de un árbol. Una zorra, que lo había visto y quería hacerse con la carne, empezó a halagarlo desde abajo alabando su hermoso porte. Le dijo que no había ave que más mereciera ser la reina de todas ellas, y que esto, sin duda, sería así si no fuera por el hecho de que no tenía voz. El cuervo, entonces, para demostrar que sí la tenía, soltó el trozo de carne y dio unos potentes graznidos. La zorra corrió a coger la carne y le dijo:

—¡Ay, cuervo! Si tuvieras también inteligencia, no te faltaría nada para reinar sobre todas las aves.

La fábula es oportuna para los hombres necios[29].

XCII

Los ratones y las comadrejas

Los ratones y las comadrejas estaban en guerra. Los ratones siempre salían derrotados, así que se reunieron y, pensando que era por culpa de su anarquía, eligieron a algunos de ellos como generales. Estos quisieron aparecer más distinguidos que los demás, así que se fabricaron unos cuernos y se los pusieron. Comenzó la batalla y ocurrió que los ratones fueron derrotados. Los ratones huyeron y se refugiaron en sus agujeros con facilidad, pero los generales, que no pudieron entrar por culpa de los cuernos, fueron capturados y devorados.

Así, para muchos, la vanidad es causa de males.

XCIII

El grajo y el pavo real

Las aves querían elegir un rey, y el pavo real pidió que lo nombraran a él a causa de su belleza. Y como a todas las aves les pareció bien la razón, el grajo le dijo:

—Pero cuando seas nuestro rey, si el águila nos ataca, ¿cómo nos defenderás de ella?

La fábula enseña que los que mandan no deben presumir de su belleza, sino de su fuerza e inteligencia.



XCIV
Los dos gallos y el águila

Un día, dos gallos estaban peleando por las gallinas y, al final, uno de ellos hizo huir al otro. El vencido se retiró y fue a refugiarse en un lugar escondido. El vencedor, por su parte, se subió a un sitio bien alto sobre una tapia y empezó a cantar con gran estruendo, pero un águila se vino derecha sobre él y lo capturó. Entonces, el que estaba oculto en su escondrijo salió sin miedo y desde ese momento se quedó como amo del gallinero.

La fábula enseña que los dioses se enfrentan a los orgullosos y dan su gracia a los humildes.

XCV
EL ABETO Y LA ZARZA

Un abeto y una zarza estaban discutiendo. El abeto presumía diciendo:

—Soy alto y hermoso, y sirvo para hacer barcos y los techos de los templos. ¿Cómo te atreves a compararte conmigo?

La zarza le contestó:

—Si pensaras en las hachas y las sierras que te cortan, preferirías ser una zarza.

La fábula nos enseña a no ser vanidosos, pues la vida de los humildes es más segura.

XCVI
La cabra y el asno

Un hombre daba de comer juntos a una cabra y a un asno. La cabra, sin embargo, estaba envidiosa porque el asno recibía más comida, y le dijo que su vida era un tormento, que unas veces tenía que llevar cargas y otras mover el molino, y que debería simular que estaba enfermo y dejarse caer en un hoyo, porque así podría conseguir que le dieran descanso.

El asno confió en ella y obedeció, pero cuando se tiró se lastimó al caer. El amo, entonces, llamó a un veterinario para que lo curara, y este le dijo que debía darle pulmón de cabra como remedio, así que el amo sacrificó la cabra y curó al asno.

La fábula enseña que el que maquina trampas contra otro acaba perjudicándose a sí mismo.

XCVII
El águila, el grajo y el pastor

Sucedió un día que un grajo envidioso estaba observando cómo un águila cazaba desde una peña. La vio lanzarse desde lo alto y atrapar una oveja, y entonces quiso imitarla. Arrojándose con sonoros graznidos, se dejó caer sobre un carnero, pero al clavar sus garras en él quedó atrapado en su lana sin poder escapar. Entretanto, el pastor, que se dio cuenta de lo sucedido, corrió a capturar al grajo y le cortó las alas.

—Esto me pasa —dijo el grajo— por querer ser águila, sabiendo que soy solamente un grajo.

Así, la rivalidad con los superiores no nos conduce a nada, sino a la burla y a la desgracia.

XCVIII

El milano que quiso relinchar

El milano tenía antes un bonito y sonoro canto. Pero sucedió que, un día, escuchó a un caballo que relinchaba hermosamente y quiso imitarlo. Una y otra vez lo intentó, pero no conseguía aprender, hasta que, al final, perdió su propia voz y no tuvo ya ni la del caballo ni la suya de antes.

La fábula enseña que los hombres ruines y envidiosos que quieren ser como los demás acaban perdiendo su propia naturaleza.

XCIX
Zeus, Prometeo, Atenea y Momo[30]

Estaban Zeus, Prometeo y Atenea juntos, cada uno fabricando una cosa: Zeus, un toro; Prometeo, un hombre, y Atenea, una casa, y decidieron llamar a Momo como juez. Este tuvo envidia de sus obras y empezó a decir que Zeus se había equivocado, porque debía haber puesto los ojos del toro en los cuernos para que pudiera ver dónde embestía. A Prometeo le dijo que se equivocó por no colgar el corazón del hombre fuera, para que los malvados no pasasen desapercibidos y estuviese a la vista lo que cada uno tiene en su mente. Y, en tercer lugar, dijo que Atenea debía haberle puesto ruedas a la casa para que, en caso de que se nos instalase cerca algún vecino indeseable, pudiéramos mudarnos con facilidad.

Zeus, irritado con Momo, lo expulsó del Olimpo por su maledicencia.

La fábula enseña que nada es tan perfecto que no admita crítica en absoluto.

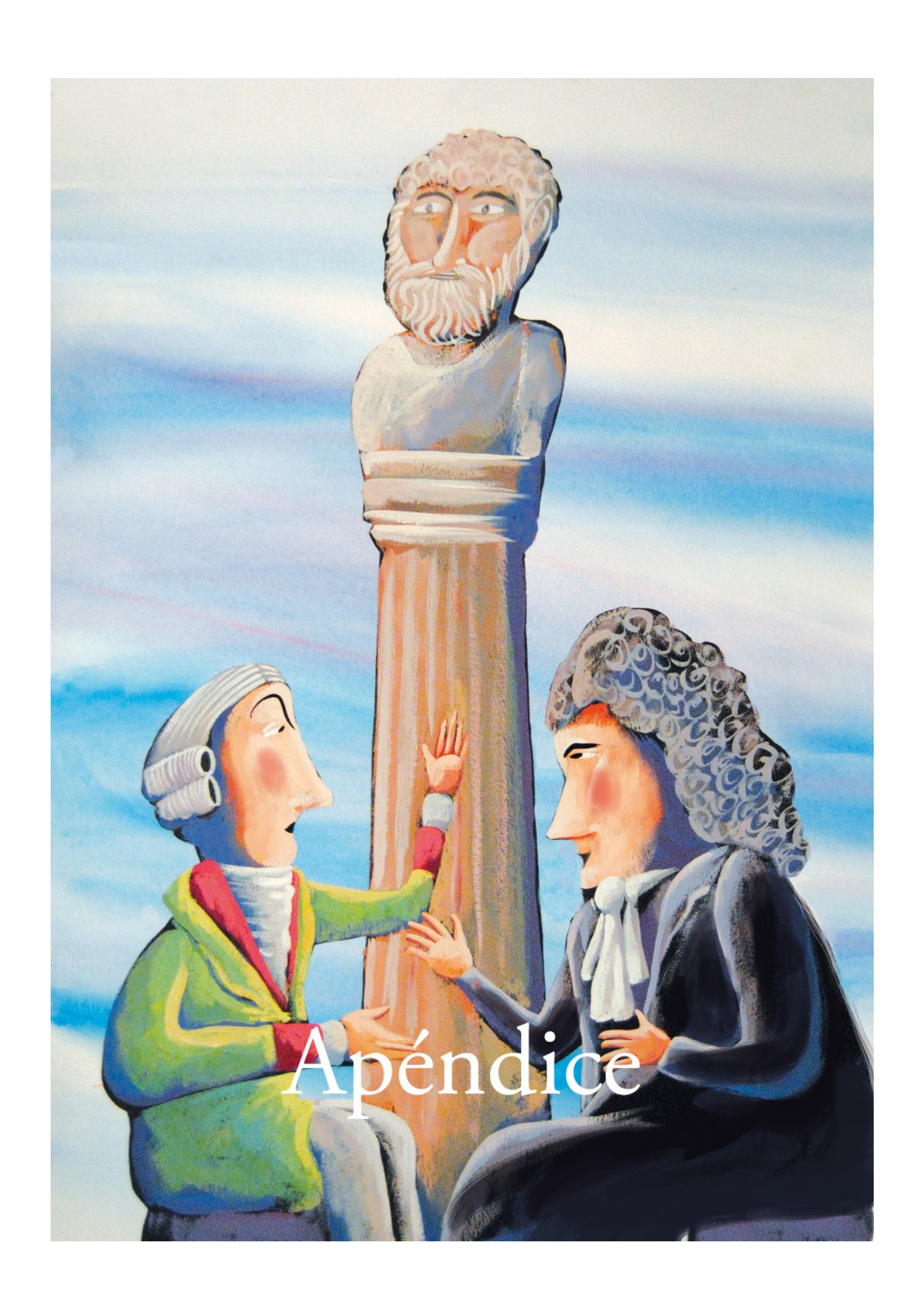


C
LA ZORRA Y EL MONO REY

En una reunión de animales, el mono se puso a bailar con tal aplauso de los presentes que fue elegido rey de los animales. La zorra, sin embargo, tuvo envidia de él, y, como había visto un trozo de comida en una trampa, lo llevó hasta allí y le dijo que había encontrado un tesoro, pero que no lo quería, que lo había guardado para él por su condición de rey, y lo animaba a que lo cogiera. El mono se acercó despreocupado y se quedó atrapado en el cepo. Empezó, entonces, a culpar a la zorra de haberle tendido una trampa, pero la zorra le dijo:

—Mono, ¿con semejante estupidez pretendes reinar sobre los animales?

Así, los que abordan una empresa sin reflexión están condenados al fracaso y a ser objeto de burla.



Apéndice

Has podido leer aquí un centenar de las más conocidas fábulas de Esopo traducidas del griego antiguo. Como anticipamos en la Introducción, la mayoría de ellas responde a un único modelo en el que los protagonistas son animales y que concluye con una advertencia o moraleja destinada a transmitir una enseñanza. Esto es lo que hoy todos entendemos por fábula, pero no fue así en su origen. Vamos a conocer ahora un poco más sobre su historia y cómo llegaron hasta nosotros en la manera en que las conocemos.

Esopo el consejero

Dijimos en la Introducción que el personaje de Esopo se ha visto envuelto de tal manera en la leyenda que es difícil distinguir en su biografía la realidad de lo legendario. En primer lugar, debemos tener en cuenta que, para los primeros escritores que hablan de él, esa distinción entre realidad y ficción no es importante. Heródoto, por ejemplo, que escribe un siglo después de la que consideramos época de Esopo, transmite lo que sabe del personaje más preocupado por lo que este significa, por su relevancia popular, que por la exactitud histórica de los datos. Es lo que esperan sus lectores, y él pretende tan solo ofrecerles lo que ha oído contar para su deleite y aprendizaje. Podemos decir, por tanto, que la figura, desde el comienzo, está inseparablemente unida a la leyenda y que es en ella donde adquiere su verdadera dimensión.

Muestra de esto que decimos es cómo el personaje de Esopo se identifica plenamente con un tipo que era frecuente en la literatura oriental. Es la figura del consejero real, que con su sabiduría sabe salir adelante de los peligros a los que se ve expuesto. Podemos encontrar casos semejantes en la Biblia, como la historia de José en Egipto, o la vida del sabio Ahikar, consejero del rey asirio Senaquerib, que conocemos por un documento del siglo V antes de Cristo.

En la *Vida de Esopo* se narra la historia de este personaje, que fue esclavo del filósofo Janto, que, finalmente, lo liberó. Una vez libre, como consejero del rey Creso de Lidia, consiguió que la isla de Samos se mantuviese a salvo del intento del rey de Lidia de someterla. Esto aconteció como sigue. Creso pidió a los samios que le entregasen a Esopo a cambio de perdonar a la isla, pues debido a los consejos de Esopo los ciudadanos de Samos habían rechazado rendirse. Estos accedieron, pero cuando Esopo llegó a presencia de Creso fue capaz de persuadirlo con su ingenio y, finalmente, tanto él como los samios fueron perdonados.

Es este el personaje al que se atribuyen las fábulas, y este el contexto en que surgen como los destellos de sabiduría que permiten a su autor salir adelante.

La tradición antigua

No podemos establecer hasta cuándo nos tenemos que remontar para hallar el origen de las fábulas. En Grecia, la primera muestra de ellas data del siglo VIII antes de Cristo. Es la fábula del halcón y el ruiseñor, incluida por Hesíodo en uno de sus poemas. Sin embargo, pueden encontrarse testimonios mucho más antiguos. En torno a 2700 años antes de Cristo está datado el poema *Etana*, procedente de Mesopotamia, en el que ya se incluye la fábula de la zorra y el águila. Todo parece demostrar que el género tiene su origen en Oriente Medio, o quizá en la India, y que de ahí, en distintas épocas, fue extendiendo su influencia hacia Occidente. Entonces era algo diferente de lo que hoy entendemos por fábula. Es posible que lo comprendamos mejor si lo llamamos simplemente cuento, pues de eso se trataba. En principio, no eran más que pequeños cuentos que podían ser protagonizados por animales, dioses u hombres, y que tenían en común su intención de influir en el oyente con un consejo o una experiencia. Eran los mismos que se reunían en tantas colecciones, entre las que podemos citar *Las mil y una noches*, el *Sendébar* o el *Panchatantra*, colecciones de cuentos populares que aparecen y reaparecen a lo largo de los siglos en recopilaciones aquí y allá.

En principio, serían cuentos muy breves que podían presentar un conflicto, como en el caso de *La zorra y el cuervo*, o simplemente revelar la condición de algún personaje sin necesidad de que entrara en conflicto con ningún otro, como ocurre en *La zorra y las uvas*, por ejemplo. Solo después, poco a poco, limitada por el uso y reorientada —condensada en su brevedad—, la fábula se desgaja de la corriente cuentística para constituir un género aparte.

En Grecia, después de Hesíodo, las usó el poeta Arquíloco en el siglo VII antes de Cristo. La poesía de Arquíloco es ácida, mordaz, llena de insultos y sátiras contra personajes de su época. Durante siglos, la fábula estuvo ligada a esos temas. En el siglo V antes de Cristo, Aristófanes la emplea en sus comedias para hacer crítica y sátira de sus contemporáneos atenienses. Para entonces ya se reconocía la paternidad de Esopo sobre ellas. Cuando algo más de un siglo después Demetrio de Falero hace la primera colección griega de la que tenemos noticia, el género estaba plenamente consolidado. En el propio siglo IV antes de Cristo, la fábula recibe un nuevo impulso por parte de los cínicos. Estos formaban una escuela de filósofos que reaccionaban contra la sociedad de su época. Creían que la civilización era contraria a la felicidad y que esta solo se alcanzaba con una vida sencilla y apegada a la naturaleza. Los cínicos hacen de la fábula, una vez más, el instrumento para la crítica y el rechazo del mundo que los rodea.

Vemos, pues, que la fábula, durante siglos, no tuvo ninguna de las connotaciones que hoy tiene para nosotros; no era algo infantil ni escolar, sino plenamente adulto y ajeno a las convenciones de la escuela. El paso decisivo en su evolución en esta dirección lo supone su adopción por los maestros de retórica, que eran quienes se encargaban en el mundo antiguo de enseñar el arte de hablar y de expresar las ideas. Con ellos, la fábula acabó por regularizarse y se generalizaron las moralejas, aunque algunas claramente forzadas. Las de personajes no animales quedaron relegadas. Es evidente que la brevedad de los textos y la enseñanza que revelan las hacían especialmente válidas para ser objeto de ejercicios escolares, pero en el camino de esta evolución perdieron el sentido original de denuncia, crítica social y sátira que les era propio.

La tradición moderna

El interés por la fábula nunca desapareció. En la Edad Media, como en la Antigua, se conoció un buen número de colecciones de fábulas, primero en latín y en griego, pero pronto también en lenguas romances. Los nombres de Sintipas, en griego, y de Aviano, Rómulo o Ademar, en latín, marcan algunos de los hitos de esta continuidad. Más tarde, en el Renacimiento, llevados por su admiración hacia la civilización clásica, se recuperaron los textos más antiguos y se recopilaron nuevas colecciones basadas en ellos.

Sin embargo, no fue hasta el siglo XVII cuando las fábulas conocieron una difusión realmente generalizada a través de las ediciones de Jean de La Fontaine, quien publicó en 1668 una adaptación en lengua francesa de 124 fábulas de Esopo, cuyo éxito fue inmediato. Con posterioridad fue añadiendo nuevas fábulas en ediciones sucesivas hasta alcanzar un total de 240 en una última edición en 1693. Las ediciones de La Fontaine eclipsaron todas las anteriores y se extendieron por toda Europa, hasta el punto de que el nombre del francés sustituyó a menudo al de Esopo en las colecciones.

En España, el género despertó especial interés durante la Ilustración, en el siglo XVIII, puesto que este movimiento veía en su carácter educativo y moralizante un excelente instrumento de reforma social. El tinerfeño Tomás de Iriarte publicó una edición de 67 fábulas en 1782. El otro gran adaptador de Esopo a la lengua española, como ya dijimos, es Félix María de Samaniego, que publicó un total de 148 fábulas en 1781.

Digamos, para terminar, que el conocimiento del origen de las fábulas y de cómo han llegado hasta nosotros debe servirte para hacer una valoración más justa de su intención, así como del mensaje que nos transmiten.

NOTAS

[1] *Astillero*: fábrica en la que se construyen barcos.

[2] *Picar*: provocar, animar.

[3] *Zeus*: dios del cielo y rey de los dioses y de los hombres.

[4] *Bóreas*: viento invernal.

[5] *Helios*: dios del Sol.

[6] *Persuasión*: capacidad de convencer a alguien.

[7] *Enseres*: utensilios, muebles, instrumentos.

[8] *Maquinar*: conspirar, engañar.

[9] *Prometeo*: dios griego y uno de los titanes. Protector de los hombres, a los que enseñó el uso del fuego.

[10] *Impío*: persona contraria a la religión.

[11] *Hermes*: dios del comercio y mensajero de los dioses.

[12] *Vehemente*: que tiene una fuerza impetuosa.

[13] *Haz de varas*: manojo de ramas.

[14] *Perjurio*: juramento en falso.

[15] *Sacrilegio*: falta de respeto a un objeto, un lugar o a una persona sagrados.

[16] *Tiresias*: famoso adivino griego. Era ciego.

[17] *Augurio*: adivinación.

[18] *Vadear*: cruzar un río o una corriente de agua por un lugar donde se hace pie.

[19] *Afrodita*: diosa del amor.

[20] *Anarquía*: desorden.

[21] *Heracles*: héroe griego transformado en dios, hijo de Zeus, que destaca por su fuerza.

[22] *Boyero*: hombre que guarda o conduce bueyes.

[23] *Atenea*: diosa de la sabiduría. Patrona de la ciudad de Atenas.

[24] *Leteo*: uno de los ríos del infierno. Beber sus aguas producía el olvido.

[25] *Hades*: dios de los infiernos.

[26] *Tánatos*: representación de la muerte.

[27] *Apocado*: de poco ánimo.

[28] *Hera*: diosa del hogar y de la familia. Esposa de Zeus.

[29] *Necio*: ignorante.

[30] *Momo*: personaje que representa la burla y la ironía.

Índice de contenido





Fábulas

Esopo

